

y caballero en su mula, vigilaba los últimos arreglos Fr. Jerónimo Gracián, que, determinado á acompañar á Teresa en los nuevos trabajos, había dicho (para que la santa Madre no creyera que se molestaba en ello) que, habiendo predicado ya el Adviento y estando hasta la Cuaresma libre de tareas, iba á permitirse como descanso y recreo el tal viaje; la fundadora, no muy convencida, trató de oponerse; pero el Provincial se mantuvo firme, y no hubo más remedio que conformarse con su voluntad.

Mientras el religioso daba las órdenes convenientes para cuanto se había de hacer, órdenes que tenía que repetir muchas veces pues la atribulada Comunidad no acertada á obedecerlas, retirada en el coro la novicia Teresa, lloraba con indecible amargura.

¡Iba á separarse de su amada Madre! ¿Volvería á verla? Sólo Dios podía saber lo que guardaba el porvenir.

Contenidos sollozos levantaban su pecho, y cuanto tiene la ausencia de más cruel martirizaba su corazón; la que tan alegre había estado hasta entonces en la clausura, sentía por primera vez anhelos de tender las alas para seguir á la que se llevaba toda su dicha.

Una sombra se interpuso en el rayo de luz que iluminaba débilmente el coro, á la vez que una mano hacía la señal de la cruz sobre la frente de la abatida novicia, y la voz de la fundadora vibró llena de melancólica dulzura.

—«El alma que está conforme con la voluntad divina, de nada se aflige; pues aunque el natural sienta alguna cosa, luego pasa la pena.»

La joven alzó los ojos para mirarla; quiso hablar, y no pudo pronunciar palabra.

—¿No anhelas ser perfecta delante del Señor? ¿Cómo lo alcanzarás si te dejas dominar así por los impulsos del corazón? La perfección no consiste en tener arrobamientos, ni revelaciones, sino en resignarse con la voluntad de Dios.

—Permítame su reverencia que la acompañe, —dijo al fin la hija de Cepeda, cuyo demudado semblante mostraba el violento combate que sufría. —¿No es lo mismo seguir mi noviciado aquí ó en Burgos?

—De ningún modo, hija mía; una novicia sin monasterio (pues aquél no está hecho todavía), ni es conveniente ni decoroso. Tu deber es continuar en Avila, como el mío marchar, y ambas cumpliremos lo mejor que podamos; y si nos cuesta, más provecho tendremos: «la cruz ha de ser la empresa del que se alista en la virtud, sin mirar ni desear contentos ni regalos». (*Meditación* 2.^a, capítulo único, núm. 9 y siguientes.)

Teresa bajó los ojos y balbuceó:

—Perdóneme su reverencia: cuanto más imposible lo hallo, mayor es mi deseo.

—Si nos diese Dios el cumplimiento de ellos, muchas veces nos perderíamos. (*Exclamación* 17.)

Esta voz autorizada y querida, penetraba dulcemente en el corazón de la desolada novicia, y como aura suave disipaba poco á poco las nubes con que el dolor obscurecía su clara inteligencia; sentíase más animosa, y lloraba, ya no sólo de pena, sino de confusión, por parecerle cosa tan difícil vencer las míseras inclinaciones de la carne y de la sangre.

La doble vista que daban á la santa Madre la sabiduría y la ternura, le permitían seguir paso á paso el favorable cambio que se efectuaba en los sentimientos de su sobrina.

—¡Oh, qué razón tiene su reverencia!—exclamó al fin con un suspiro la doncella. —¡Y cómo debe estar de enojada conmigo! ¿He de ser cobarde cuando mi maestra y mi guía no conoce el temor? «Algunas cosas que nos parecen imposibles, si vemos que otros las hacen las ejecutamos fácilmente, y con su vuelo nos animan á que volemós, como los hijos de las aves imitan á sus padres.» (*Meditación 3.^a*, cap. II, núm. 7.)

—Conserve el Señor en tu memoria las máximas que he procurado enseñarte,—repuso Teresa de Jesús muy conmovida;—ahora déjame orar algunos momentos.

Se arrodilló ante la reja, descorrió el velo, y miró largo rato á través de los hierros el tabernáculo, que un rayo de sol envolvía como en divinos resplandores.

III.

—Vamos,—dijo animosamente la fundadora, después de aquel breve espacio de recogimiento.

Salió del coro seguida de la novicia, y se dirigió á la portería, donde se hallaba reunida toda la Comunidad.

Un sentimiento de profunda tristeza abatía á las religiosas: siempre habían visto ausentarse á su Madre con gran pena, mas nunca con la turbación y desconsuelo que entonces. La hija de Cepeda, con el corazón horriblemente oprimido,

se retiró á un lado ; la única tranquila y casi risueña era Teresa de Jesús.

Oíase fuera el reposado acento del P. Gracián, que daba las últimas órdenes ; las voces del carretero y de los guías, mezcladas con el rumor de las campanillas y cascabeles que agitaban las mulas, formaban un animado conjunto, que contrastaba con el silencio de la Comunidad.

Llegó, en fin, el momento de la separación, y todas sus hijas rodearon á la fundadora para besarle las manos y recibir su bendición ; permitíalo esta vez, y aun la daba con afabilidad, lo cual era en ella tanto más extraño cuanto que jamás aceptaba con gusto las distinciones ni homenajes. Dirigía á cada cual una palabra afectuosa ó saludable advertencia, que escuchaban con gran recogimiento ; y por más que los corazones estuviesen deshechos de pesar y ternura, no se oían quejas inútiles, ni sollozos desgarradores.

La portera descorrió lentamente el cerrojo y dió vuelta á la llave, mientras Teresa de Jesús, elevando algo su voz, naturalmente armoniosa, dijo así :

—Adiós, hijas mías ; el Señor me las guarde, y á la vez aumente el fervor y espíritu de esta casa. Para ayudar á tal obra despójense de todo lo terreno y vistan la «túnica estrecha de la humildad : ella labra siempre en el propio conocimiento como la abeja en la colmena la miel». (*Meditación* 1.^a, cap. II, núm. 9.)

« Á medida del amor, nos dará el Señor el premio ; este amor no ha de ser fraguado sólo en la imaginación, sino probado con obras. » (*Meditación*, 3.^a, cap. I, núm. 8.)

« Trabajemos con fe, hermanas mías, que, en llegando á la gloria, lo que hemos padecido en la tierra se nos hará poco. » (*Fundaciones*, capítulo IV, núm. 3.)

La novicia Teresa, hecha un mar de lágrimas y envuelta la cabeza en su blanco velo, apenas si se daba cuenta de lo que oía; la fundadora le dirigió la última mirada, y haciendo una postrera señal de despedida, se dispuso á salir; giró en sus goznes la pesada puerta, y pasó el umbral seguida, como de su sombra, de Ana de San Bartolomé. El sordo ruido que hicieron las dos hojas al cerrarse, apagó el de los sollozos, que estallaron por todos lados.





CAPÍTULO X

EL MAR EN LA TIERRA

I

UNA lluvia torrencial amenazaba los campos con los horrores de nuevo diluvio; cuando ésta cesaba, jugaba el huracán en el espacio con los copos de nieve, ligeros como espuma; las sendas altas eran barrizales, las cañadas torrentes y los valles lagos.

El carro marchaba, venciendo una dificultad en cada paso; atollado á veces y mal guiado otras, había ocasiones en que las religiosas tenían que bajarse y caminar por senderos impracticables, mientras el conductor y los guías llevaban penosamente el vehículo por la orilla de horribles despeñaderos, en cuyo fondo bramaban los arroyos, convertidos en ríos caudalosos. El P. Gracián y sus compañeros, aunque envueltos en gruesas mantas, iban calados por la lluvia, mas con tan inalterable sosiego como si viajaran con

las mayores comodidades. No conocían el terreno, pero su prudencia servía más que la experiencia, de que tanto se alabaron los guías.

Efecto del frío y de la humedad, ó de que el Señor quería aumentar con dolores sus méritos, el estado de salud de la santa Madre empeoraba cada vez más: amagada de una recia perlesía que años antes le hizo padecer largo tiempo, resentido un brazo que se fracturó y le curaron mal, y cruelmente inflamada la garganta, hasta el punto de que ni líquidos podía pasar, cuando llegó á Valladolid iba de modo que bien se justificaban los temores de Teresa de Cepeda.

II

—¡Oh, querida Madre nuestra! — exclamó María Bautista, que, rodeada de su Comunidad, había acudido á recibirla. — ¡Cuál llega su reverencia de enferma y helada! Venga pronto á descansar, que hartos lo necesitan sus trabajos.

—Más trabajo es no servir al Señor en nada, —repuso con fatiga la animosa fundadora.

No consintió reposar mientras no dispuso cuanto se había de hacer, y pudo gozar en el coro algunas horas de soledad y oración, con gran asombro de sus hijas, á quienes parecía imposible que en cuerpo tan débil cupiera tal resistencia.

Lo primero que encargó fué que se enviara un hombre á explorar el camino, que la habían asegurado se hallaba intransitable, y en tanto hubo de resignarse á que la vieran los médicos, que la previsora ternura de su sobrina hizo llamar.

El parecer de éstos fué que marchara inmediatamente, pues estaba amenazada de males tan graves que, si les daban lugar á desarrollarse, en muchos meses no se podría mover; la misma opinión tenía la santa Madre por lo que sentía en su interior; pero la vuelta del enviado deshizo todos los proyectos: el hombre aseguraba que era imposible caminar ni media legua, pues la vista de los campos semejava la de un mar turbio é inmóvil. Sólo de trecho en trecho se divisaban casas inundadas y algunas en ruinas; en los terrenos altos, los grupos de lentiscos y retamas casi desaparecían bajo el agua; á estas desconsoladoras noticias se unían las súplicas de las monjas con tal afán por que se quedara, que Teresa de Jesús sentía vacilar su firme resolución de partir á toda costa.

Con estos pensamientos se recogió á orar, y el Señor no tardó en manifestarle su voluntad.

—«*Bien puedes ir, y no temas,*—le dijo,—*que yo estaré con vosotros.*» (*Fundaciones*, capítulo XXXI, núm. 9.)

Teresa guardó silencio respecto á la revelación; pero rompió con los respetos humanos, y mandó prevenir la marcha para el siguiente día.

Afligidísimas las monjas con esta separación, procuraban oponerse á ella por todos los medios posibles; pero la santa Madre, que deseaba mostrarles su ternura enseñándoles cómo servirían mejor al divino Esposo, sólo contestaba á sus ruegos con prudentes razones. Por más que el mal de la garganta le hiciera muy difícil hablar, hizo señas que iba á proferir algunas frases, y un profundo silencio reinó en torno suyo.

— «Hijas mías, — les dijo: —harto consolada voy de esta casa, de la perfección que en ella veo, y de la pobreza y caridad que unas tienen con otras; y si va como ahora, nuestro Señor les ayudará mucho.

»Procure cada una que no falte de ella un punto de lo que es perfección de Religión.

»No hagan los ejercicios de ella como por costumbre, sino haciendo actos heroicos, y cada día de mayor perfección.

»Dense á tener grandes deseos, que se sacan grandes provechos, aunque no se puedan poner por obra.» (Aviso 6.º del tomo de Cartas, números 2, 3 y 4.)

III

La aurora del siguiente día mostraba á los viajeros, envueltas en vaporosa niebla, las torres de Valladolid: la santa reformadora suspiraba bajo su velo, y enviaba tiernas caricias de despedida á la priora María Bautista.

Continuaba el cielo encapotado, y ni un rayo de sol lograba romper las espesas nubes; una sábana de blancura deslumbadora cubría las crestas de las montañas, y los lagos de los días anteriores, mal embebidos en la tierra, formaban profundos lodazales.

Con tiempo tan riguroso, y después de vencer mil peligros, llegaron á Palencia; cuando la santa Madre bajó del carro á la puerta del monasterio, sintió el consuelo que experimenta el viajero extraviado al divisar de lejos la amada torre del campanario de su aldea. Oía con extrañeza que

las campanas volteaban sin cesar. ¿Qué fiesta celebraban sus hijas? Aunque se hallaba próxima al umbral que separaba el siglo de la clausura, le era imposible evadirse de la compacta multitud que la rodeaba solicitando su bendición y ensalzándola en altas voces; enferma y fatigadísima, olvidaba sus trabajos para contestar á los plácemes y entusiastas bienvenidas, y pedía fervorosamente al Señor que derramara los tesoros de su gracia en aquellos generosos corazones:

Al abrirse la puerta reglar creció la sorpresa de la fundadora, viendo el interior de la clausura vistosamente engalanado con ramos, guirnaldas y arcos de flores, á lo que daba más halagüeño aspecto muchos altares resplandecientes de luces y adornos. La Comunidad, formada en dos filas, con cruz alta y ciriales, entonaba el *Tedéum*; cuando Teresa se convenció de que todas aquellas fiestas eran por su llegada, quiso reprenderlas como extremos; mas se contuvo en gracia de la sana intención con que lo hacían.

Sentíase más dispuesta que nunca á amar y perdonar, y gozaba en estas entrevistas con sus hijas una felicidad misteriosa, aunque llena de tristes presagios.

—Venerable Madre nuestra, — le decía la Priora al conducirla honrosamente á la celda que le habían destinado, —quédese algunos días con nosotras, ya que hasta el Señor lo quiere así, por lo intransitables que están los caminos.

—Créame su reverencia, —añadía la hija menor de Catalina de Tolosa;—según dicen, más falta hacen barcos para atravesar las lagunas que carros con que vadearlas.

—«Aunque sean muy recios los trabajos, en teniendo contento á Dios y conformándonos con su voluntad, se nos hacen dulces»; —respondió la Santa con alegre semblante. (Espíritu del libro V de las *Fundaciones*, núm. 8.)

Después de conferenciar buen rato con ellas aceptó el reposo que tanto necesitaba, y antes de nacer la aurora del siguiente día recorría el monasterio acompañada de la Prelada, y pasaba minuciosa revista á tornos, redes y locutorios. Contenta y admirada, vió en todas partes limpieza, sencillez, espíritu de pobreza evangélica, y primoroso esmero hasta en los detalles más nimios; visitó la sacristía, y halló las alhajas, si bien de escaso valor, labradas con exquisito gusto; la ropa blanca, fina y perfumada; este último pormenor la hizo sonreír levemente, porque le traía á la memoria un caso que algunos años antes le sucedió en Medina del Campo, y que por su brevedad me atrevo á referir.

Iba una mañana á decir Misa Fr. Diego de Yepes en la iglesia de aquel monasterio, y por el tornillo de la sacristía le dieron para enjugarse las manos una toalla perfumada. Parecióle esto mucha curiosidad; pues aunque los paños de altar y corporales sufría que lo estuvieran, en los de manos le desagradaba tanta delicadeza. Así, reprendió severamente á la santa Madre, la cual le respondió con discreta gracia:

—«Sepa mi Padre que esta imperfección han tomado mis hijas de mí; pues cuando me acuerdo que Nuestro Señor se quejó al fariseo, en el convite que le hizo, porque no le había recibido con mayor regalo, querría yo que desde el um-

bral de la puerta de la iglesia estuviera todo bañado en agua de ángeles; y mire mi Padre, que no le dan ese paño por amor de vuesa reverencia, sino porque ha de tomar en esas manos á Dios, y para que se recuerde de la limpieza y buen olor que ha de llevar en la conciencia; y si ésta no fuese limpia, váyanlo siquiera las manos.» (Padre Yepes, lib. III, fol. 186.)

IV

Apenas concluyó la santa Madre el frugal desayuno que admitió á fuerza de instancias, despidióse tiernamente de la afligida Comunidad, y sin arredrarle el terrible huracán que se había desatado, tornó á seguir su viaje. Llevaba en su compañía cuatro monjas de aquel convento, que, con dos más de Alba de Tormes, iban con ella á realizar la fundación de Burgos.

Los riesgos, atolladeros y dificultades se sucedían con desoladora frecuencia; cerca de medio día vió Teresa el carro que marchaba delante casi vencido á la orilla de un profundo despeñadero; y fué tal el sobresalto de su corazón, que, apenas se hubo salvado milagrosamente el mal paso, ordenó adelantar el vehículo en que iba, á fin de ser la primera en exponerse á los peligros.

Hacia rato que había cerrado la noche, cuando, extenuados de cansancio y ateridos de frío, llegaron á una venta semejante á la que en otra parte queda descrita camino de Sevilla; salvo que el ventero, con franqueza castellana, dijo desde luego que no tenía ni un mal lecho que ofrecer á la enferma.

Muchos trajineros rodeaban el ancho hogar, donde ardían enormes troncos y hablaban entre sí de la imposibilidad de llegar á Burgos; las religiosas se habían encerrado en un aposentillo, en el cual ni veían ni podían ser vistas (que era el primer cuidado de la fundadora en todos los lugares que paraba), y nada oían de aquellas conversaciones; pero el P. Gracián y su compañero, vivamente preocupados, prestaban atención á lo que decían, y necesitaban toda la confianza que les inspiraba la santa Madre para continuar la empresa.

—¡Dichosos pontones!—exclamaba un curtido arriero, mientras empujaba con sus recias abarcas uno de los troncos ladeados del hogar.—Bien se puede creer que, en vez de paso seguro de cristianos, los tienen convertidos las lluvias en trampas de alimañas. Si no me vuelvo á tiempo, dejo la recua entera en la turbia corriente del Arlanzón.

—En cuanto á mí,—repuso un molinero,—puedo asegurar que los perjuicios de tales inundaciones no me los quito de encima ni con tres años buenos; seis días hace que tengo mi caballo en la cuadra de esta venta, y creo que lo tendré todo el tiempo que quiera el Señor haya de tardar en mejorarse el camino.

—Ayer vimos dos bestias ahogadas, que se enredaron en los juncales por el lado de la cuesta de la Vega, y se nos quitó la gana de seguir,—añadió otro.

—¿De modo que tan peligroso está el paso de los pontones?—preguntó con angustia el P. Gracián.

— Hay exposición de muerte segura, — contestó el primero que había hablado.

— ¡Y nosotros que hemos de marchar en cuanto venga el día! — murmuró el lego, no tan bajo que dejaran de oírle.

— ¡Eso es desatino! — replicó vivamente el molinero.

— Es necesario, — respondió con firmeza el Padre Gracián.

— Hagan lo que les parezca, — añadió el ventero con la indiferencia del que ni pierde ni gana en un asunto; — pero en poco estiman vuestras mercedes las vidas cuando á tal riesgo las ponen.

V

Amaneció muy nublado; y aunque los violentos aguaceros habían disminuído, una llovizna helada caía sin cesar, como espesa neblina; el color gris del cielo llenaba de tristeza los corazones, y el desaliento se apoderaba de ellos como un huésped tenaz y fastidioso; Teresa de Jesús y sus compañeras bajaron del aposentillo y volvieron á ocupar los carros: la fundadora estaba peor de la garganta, pero disimulaba y se mostraba animosa para que no decayera el valor de sus hijas; los trajineros, asombrados al ver aquellos preparativos de marcha, guardaban silencio, pareciéndoles una locura caminar con semejante tiempo; mas apenas se permitían murmurar entre sí; tal respeto infundía la tranquilidad con que la santa Madre daba las últimas órdenes.

Despidiéronse los que se iban de los que se

quedaban, y seguidos de las ansiosas miradas de todos se pusieron en marcha una hora después de amanecer; las mulas caminaban con sumo trabajo, y seguían en dirección al temido paso de los pontones. No exageraban ciertamente los trajineros cuando hablaban de tal asunto; más de media vara subía el agua sobre el sitio en que debían hallarse, y en mucho espacio no se veía otra cosa; si no acertaban por medio enteramente, la pérdida era segura.

Entonces tuvo lugar una escena terrible por su conmovedora sencillez: las religiosas se confesaron unas después de otras con tanta paz de espíritu como si lo que hacían fuera la acción más natural del mundo; mirábalas la santa Madre, y lágrimas ardientes bañaban sus mejillas; ¿podía darse un triunfo mayor de la obediencia? Al mismo tiempo sentía oprimírsele el corazón, y un temblor convulsivo estremecía sus miembros; ser responsable de tantas vidas apocaba su ánimo y la hacía desfallecer; durante algunos momentos se recogió en fervorosa oración, y apenas concluída, adelantó valerosamente y llegó al lugar donde le habían dicho que se hallaba la entrada de los pontones.

Detúvose un poco, y miró con tristeza en torno de sí; el único de los guías que le quedaba era un mozo de poca edad y menos experiencia, tan cobarde é indeciso que más servía de tormento que de consuelo; atemorizado entonces, murmuraba sin rebozo y daba muestras de quererse rebelar. ¿Qué confianza podía tenerse en él? De otro lado, veía cómo el pobre lego cerraba cuidadosamente las cortinas del carro, donde tan

fácil era que sus hijas encontraran pronto la muerte; miraba al mismo tiempo al P. Gracián, y se espantaba que ni el uno por docto, ni el otro por sencillo, hubieran hallado palabra que oponer á lo que ella había dispuesto, y que podían considerar como resolución disparatada: veíales tomar las precauciones posibles con perfecta calma, y enfrente de todos la brava corriente del Arlanzón, que parecía amagarles con cenagosa tumba; vaciló algunos instantes, mas pronto se repuso, pues cuantos más temores procuraba ponerle el enemigo, más alto hablaba en su corazón el deseo de obedecer la voluntad de Dios.

—Ea, hijas mías,—dijo en voz alta y vibrante, como el agudo clarín de guerra que anuncia la victoria:—vamos adelante; «¿qué más quieren ellas que ser mártires, si fuere menester, por amor de nuestro Señor? Déjenme, que yo quiero pasar primero; y si me ahogare, ruégoles mucho que no pasen». (P. Yepes, tomo II, lib. III, folio 85.)

El carro entró en el agua, y en aquel momento oyó con suma claridad la voz de Jesús que le decía:

—*No temas, hija mía, que aquí voy.* (P. Yepes, tomo II, lib. III, fol. 85.)

El consuelo que inundó su corazón fué tal, que ni percibió las groseras frases que murmuraba el guía, ni los círculos de espuma que formaban las ruedas, ni que las mulas no caminaban, sino que iban casi á nado por la corriente.

Como dirigido por el divino Esposo, el paso de los pontones se verificó felizmente, y en breve la heroica reformadora se vió libre de peligros en la

otra orilla. Siguióla inmediatamente el segundo carro; y como al sobresalto sucedió la paz, las oraciones del temor se trocaron en himnos de ardiente gratitud.

No era, sin embargo, la primera vez que la fundadora afrontaba tan arriesgadas situaciones; años antes, al ir desde Avila á Medina del Campo, le anocheció junto á un río caudaloso, cuya acelerada corriente, junta con la obscuridad, llenó de tal horror á los que la acompañaban que de común acuerdo resolvieron no seguir.

Mas la santa Madre, llena de confianza en Dios, adelantó resueltamente y dijo á los que hablaban sin concierto:

—« No será bien estarnos aquí al sereno; comiencen á pasar y encomiéndense al Señor, que yo seré la primera. » (P. Yepes, tomo II, lib. III, fol. 85.)

Y uniendo el dicho al hecho, entró en el vado guiada por un resplandor misterioso, que duró hasta llegar á la orilla opuesta.

VI

Al toque de oración, día 26 de Enero de 1582, entraba la Santa con sus compañeras en la antigua ciudad de Burgós: iban tan rendidas como puede suponerse después del viaje difícilísimo que habían hecho; mas antes de pensar en el descanso, el P. Gracián indicó á Teresa de Jesús su deseo de que fueran á visitar al Santo Cristo en su capilla, no sólo para mostrarle el debido reconocimiento por haberles librado de tantos ries-

gos, sino para recomendarle el asunto que las llevaba allí.

Era viernes, y la iglesia del convento de San Agustín aún se hallaba ocupada por muchos fieles que, especialmente en este día, visitaban á la venerada imagen. El templo, del que sólo quedan vagos recuerdos, constaba de tres naves espaciosas, adornadas las dos laterales con buenos cuadros y altares primorosos. Muchas lámparas esparcían suaves reflejos y se unían á las candelas de cera encendidas ante el Cristo. Con gran sorpresa vieron los devotos aquella extraña procesión de ocho monjas descalzas, cuyas capas blancas resplandecían en la media tinta luminosa de la iglesia.

—¿Quiénes serán?—decíanse unos á otros;—parecen santas bajadas de algún altar.

Esta favorable impresión que despertaban en los burgaleses no era, por cierto, exenta de curiosidad; pero se limitaban á dirigirles miradas á hurtadillas.

A pesar de lo que sufría la santa Madre con el padecimiento de la garganta y los otros muchos que atormentaban su débil naturaleza, oró largo rato ante el milagroso crucifijo, y bien puede creerse que le hizo más bien aquel descanso que hubieran podido hacerle las más eficaces medicinas. Todos estaban alegres, y recordaban sólo las penas pasadas para apreciar mejor los favores que de Dios habían recibido. Al salir del templo se dirigieron á casa de Doña Catalina de Tolsa, la cual les vió con tanto gusto como deseos tuvo de aquel bien; mas poco duró su contento al comprender el estado de la santa Madre,

que empeoró súbitamente y llegó á inspirar serias inquietudes: una recia calentura con vómitos y desmayos la rindió, y fué preciso acostarla; creció la llaga de la garganta, empezó á arrojar sangre, y se pasó la noche con el sobresalto natural de esta situación.

Al nacer el día se despejó la enferma, y pudo tomar un cordial que le habían dispuesto; sentóse luego en la cama, y trató de trabajar como siempre.

El P. Gracián fué con cartas del canónigo Salinas, y de varias personas influyentes de Palencia y Soria, á buscar en otras de Burgos el amparo y favor que la empresa necesitaba. Iba también á dar cuenta al Arzobispo de la llegada de la fundadora, y á solicitar licencia para decir la primera Misa y poner el Santísimo Sacramento; como todo se había hecho con anuencia del Prelado, aunque éste no tenía noticia del viaje, creía ser bastante darle nuevas del feliz arribo; como tardara el religioso, empezaba Teresa de Jesús á desazonarse temiendo estorbos, cuando llegó una comisión de la ciudad á darle la bienvenida; mas hallándose imposibilitada de levantarse, hizo acercar la camilla á una ventana enrejada que daba al corredor, la mandó cubrir con un velo, y allí recibió la visita.

Los Regidores se esmeraron en manifestar á la santa Madre el contento que tenía Burgos con la llegada de las Hijas del Carmelo, y el que les cabía á ellos por la licencia concedida á la fundación: se ofrecieron en cuanto valían, y se despidieron todos ellos muy satisfechos.

Sin embargo, una aguda espina torturaba el

corazón de nuestra Santa, y dolorosos presentimientos le oprimían el pecho, llenando de sombras el claro horizonte que había creído vislumbrar; eran más de las doce, y el P. Gracián no volvía. ¿Qué otra cosa podía significar su tardanza, sino que empezaban las dificultades?





CAPITULO XI

CONTRADICCIONES

I

DESPUÉS de las tres llegó el Provincial, tan abatido que daba compasión :

—¿Qué trae su paternidad?—preguntó Teresa apenas le oyó tras del velo.

—Todo está perdido,—balbuceó el religioso desolado;—el señor Arzobispo se halla gravemente enojado con que su reverencia haya venido, y ni el saber que ha dado licencia la ciudad, ni las cartas de su grande amigo D. Alvaro de Mendoza, ni mis ruegos y razones, han logrado aplacarle; basta decir que me ha despedido con la resolución de que mientras no haya renta y casa propia no ha de hacerse el monasterio, y aun no ha vacilado en añadir: «que como esto lo cree muy difícil, lo mejor que puede hacer su reverencia es volverse á Avila cuanto antes».

—«¡Buen Dios!—exclamó con tranquila gra-

cia la fundadora.—¡Bonitos. están los caminos para eso!» (*Fundaciones*, cap. XXXI, núm. 2.)

—Ahí se verá por qué deseaba yo la licencia por escrito, y no de palabra,—añadió el P. Gracián;—mas como el señor Obispo lo creyó suficiente, hemos hecho el viaje para encontrarnos en un conflicto, cuya gravedad es mayor de lo que parece.

—No está la perfección sólo en orar, sino en obrar y padecer por Dios;—repuso alegremente la santa Madre.

—Quisiera tener el ánimo que muestra su reverencia en los trabajos, aunque es verdad que no lo sabe todo.

—Hable francamente, Padre mío; «quien conoce las miserias y riesgos de esta vida, desea que Dios le saque de ella, y sólo se puede desear para servir á Dios y perderla por Su Majestad.» (De la *Meditación* 3.^a, cap. I, núm. 1.)

—El Prelado niega la licencia para decir Misa, y habrá que salir á oirla al templo más próximo.

—¡Sea todo por el Señor!—suspiró la fundadora.—Mucho padezco en ello, pero la necesidad y la obediencia están por cima de toda ley.

II

—¿Cómo adelantar en este asunto? ¿Cómo encontrar casa que satisficiera los deseos del Prelado? Ni las súplicas de personas respetables, ni las prudentes razones de la santa Madre, ni las eficaces cartas del obispo de Palencia, arreglaban lo que tan lejos parecía de tener fin.

Empezaba la primavera, y con los días apacibles los caminos habían vuelto á ponerse transitables; el Provincial instaba á Teresa de Jesús para que dejase á Burgos, y le argüía con la falta que hacía en otras partes. Decíale también que estaba mal viviesen tantas monjas sin convento, por más que estuviesen con gran recogimiento y honestidad; defendíase la sierva de Dios con noble constancia, asegurando que era voluntad del Señor se hiciera la fundación, y que no cabía oponerse á ello; tan era así, que cuando más arreciaban las contradicciones, oyó un día en la oración estas palabras:

— *Ahora, Teresa, ten fuerte.* (*Fundaciones*, capítulo XXXI, núm. 15.)

Desde entonces se propuso convencer al Provincial para que fuera á predicar la Cuaresma en Valladolid, dejándola á ella en Burgos. Su fe y su corazón le decían que triunfaría de todos los obstáculos, por más que hubiera cada vez menos esperanzas de conseguirlo.

Al día siguiente de haber recibido el divino mandato, dijo al P. Gracián:

— ¿Qué novedades tenemos hoy, Padre mío?

— Ninguna, — respondió el religioso en extremo contrariado; — y lo que siento más es que apremia el tiempo, y he de renunciar á predicar la Cuaresma en Valladolid, que tanto desea su sobrina María Bautista.

— Váyase tranquilo mi Padre, y no le estorben nuestros cuidados, sino procure sacar buen fruto para el Señor del trabajo que va á emprender.

— ¿Cómo hacerlo? ¿Puedo acaso dejarlas aquí?

de la manera que están? Bien sabe su reverencia cuántas casas se han visto, y ninguna acomoda: á cada instante surgen nuevos inconvenientes; en vano Doña Catalina y el regidor Alonso Manrique hacen cuanto pueden; ni sus influencias ni los buenos oficios del Dr. Manso sirven de nada.

— Preciso es sufrir lo que nos envía el Señor, con tanto más agrado «cuanto que en la soledad no se puede conocer si tenemos virtud, pues faltan ocasiones de experimentarla». (Espíritu del cap. V, núm. 13 del libro de *Fundaciones*.)

— Ya ve su reverencia lo que nos ha pasado hace tres días, — prosiguió muy alterado el Provincial; — cuando creíamos tener conforme al Arzobispo con que se hiciera la fundación en esta casa, aunque fuera provisionalmente, y hasta había dicho que estaban los despachos para firmarlos en poder del Provisor, lo que envían en lugar de ellos es esta carta.

Y el P. Gracián leyó un pliego, en que el Provisor decía «que D. Cristóbal de Vela estaba decidido á que no se fundase el monasterio mientras no tuviese casa propia; que en la que se hallaban había muchos inconvenientes, y que era preciso que la que tomaran fuera á su voluntad, pues de lo contrario no lo consentiría».

Todo este confuso laberinto de oposiciones habían anunciado á la santa Madre las palabras que oyó en la oración, y no pudo menos de sonreír al ver claramente la mano del enemigo en aquel cúmulo de dificultades.

— No se aflija, padre mío, — dijo con tanta verdad como gracia: — «todos son palillos é invenciones; pero lo que debe consolarnos es que,

por fortuna, sólo el diablo necio nos hace guerra. » (P. Yepes, libro II, fol. 436.)

— ¿Cree su reverencia que esta borrasca llegue á calmarse?

— No me cabe duda, y por lo mismo le aseguro que se puede ir á predicar su Cuaresma; en tanto nosotras, para no tener que salir á Misa, hemos determinado retirarnos al hospital de la Concepción; allí, á lo menos, podremos vivir como en clausura.

III

Doña Catalina llegó entonces á pedir permiso para que entraran Francisco de Cuevas y Hernando de Matanza, que, con otro sujeto al parecer escribano, solicitaban hablar á la fundadora.

— Pasen muy en hora buena, señora mía, — dijo ésta.

Y mientras Doña Catalina iba á traerlos, añadió dirigiéndose al P. Gracián:

— Son los cofrades del hospital, tan buenos y siervos de Dios que toda la gratitud que se les tenga es poca para el servicio que nos hacen.

Los anunciados llegaron; eran hombres toscos, pero cuya honradez estaba retratada en sus francos semblantes; después de saludar con mucho respeto, se sentaron delante de la ventana cubierta de un velo, donde recibía Teresa de Jesús.

— Venimos, Madre y señora nuestra, — dijo Cuevas, que por más letrado era el que llevaba la voz, — á ultimar los arreglos para que sus re-

reverencias puedan trasladarse al hospital; pero no debo ocultarle que he tenido que vencer una gran oposición por parte de mis compañeros, logrando lo que deseaba á trueque de que su reverencia firme una promesa ante escribano de que en diciéndoles que se vayan lo han de hacer.

— Es porque temen que se alcen las carmelitas con el hospital y se lo hagan convento, — refunfuñó Hernando Matanza, sin atender á las repetidas señas que para que callara le hacía su compañero.

— De muy buena voluntad, hermanos míos, me conformo á lo que piden los cofrades, — repuso la dulce voz de la fundadora; — natural es la desconfianza que muestran, pues como el corazón de la criatura no puede verse, fácilmente se duda de las intenciones más rectas.

— Si dependiera sólo de nosotros, — añadió Cuevas, — sus reverencias podrían ocupar el hospital entero, que de seguro no vendría por ello ningún mal; pero ha de perdonarnos el traer tan desagradable comisión: á las dos piezas altas que les cedían, hemos podido unir otras dos que les sirvan de locutorio; vea si le conviene, y determine lo que sea de su agrado.

— Deme al punto la escritura que he de firmar, y Dios pague la caridad de vuestras mercedes.

El P. Gracián había mudado de color veinte veces durante esta conversación; pero guardaba silencio, persuadido que lo que hiciera la santa Madre sería siempre lo mejor. Luchaban, sin embargo, en su alma la pena y el sonrojo de verla en el caso de sucumbir á tan injustas exigencias; en tanto, el escribano que acompañaba á los co-

frades desprendió de su cinturón un tintero de asta largo y estrecho, del que sacó una gruesa pluma de ave, se caló un par de anteojos de regular tamaño, y con mucha calma trazó en jeroglíficos ininteligibles el documento de que se trataba; cuando estuvo hecho, lo pasó á la santa Madre, que lo firmó, entregándolo después al Padre Gracián, que debía firmar como testigo.

Cuevas y Matanza se despidieron en seguida, y se retiraron acompañados del representante de la ley.

— ¡Oh, Madre mía! — exclamó el Provincial apenas desaparecieron los cofrades. — ¡Qué penas para mí que haya de acceder á tan groseras condiciones para disfrutar el pobre y malaventurado asilo que le otorgan!

—Muy bueno si le comparamos á los que nuestro Señor tuvo en la tierra, — respondió tranquilamente la fundadora: — gracias á la bondad divina todo ha concluído mejor que se podía esperar, y mañana, víspera de San Matías, pienso que nos traslademos.

El P. Gracián inclinó la cabeza; hartó comprendía que, para la situación en que se hallaban las religiosas, era gran bien lo que se había encontrado.

IV

— ¡Ay, Madre de mi alma! — decía Ana de San Bartolomé el día después de la traslación, cuando ya se había hecho cargo de todos los inconvenientes de la nueva morada. — ¡Qué horrible es este hospital! ¡Cuántos enfermos, qué de

malos olores, y sobre todo cuántos ratones y asquerosas sabandijas se pasean por doquiera!

—No son ésas tanto de temer como las que andan alrededor de nuestra alma,—respondió Teresa de Jesús;—*y son las inclinaciones y barruindas terrenas, que no la dejan sosegar.* (Espíritu de la *Meditación* 1.^a, cap. I, núm. 8.)

El trastorno de la mudanza agravó los males de la fundadora, y aquella noche las religiosas se pusieron á disponer una humilde y primorosa camilla para que tomase algunas horas de reposo.

—¡Oh, Señor mío!—decía la sierva de Dios contemplando afligida estos preparativos.—*¡Qué regalada cama estando Vos en una cruz!* (Padre Yepes, lib. III, fol. 93.)

Cuando lloraban sus compañeras al ver lo que sufría con la llaga de la garganta, que le impedía pasar los alimentos, Teresa de Jesús las consolaba con estas frases :

—«No me hayan lástima, que más padeció mi Señor por mí cuando bebió la hiel y el vinagre.» (P. Yepes, lib. III, fol. 93.)

V

Aunque Doña Catalina vivía lejos del hospital, no dejaba de favorecer á las religiosas; y Hernando de Matanza, que tenía á su cargo el benéfico asilo, también las favorecía en cuanto alcanzaban sus escasos recursos, mientras el doctor Manso y sus amigos daban vueltas á la ciudad en busca de la imposible y deseada casa.

Aprovechó la santa Madre su breve estancia en aquella mansión de caridad para satisfacer los grandes deseos que siempre había tenido de servir y consolar á los atribulados; apenas mejoró algo del padecimiento que la tuvo rendida algunos días, bajó á recorrer las salas donde los enfermos, impacientes y como desesperados, lanzaban agudos quejidos y se agitaban dolorosamente en solitaria agonía; la voz suave de la Esposa de Jesús resonó en sus corazones como un eco celestial; escuchaban atentísimos los consejos que prodigaba, y bien pronto no hubo más que un deseo en todos aquellos desheredados de la suerte: oír á la *santa* y encarecerle que pidiera á Dios por ellos.

El Provincial marchó á Valladolid algo tranquilo, porque dejaba á las religiosas confiadas á su buen compañero Fr. Pedro de la Purificación: veía éste con frecuencia al Arzobispo, y siempre le hallaba muy interesado por Teresa de Jesús y sus compañeras, deseando vivamente que tuviesen casa, pero á esto se limitaba todo su favor: callaba el buen descalzo las gestiones que hacía, decidido á guardar secreto hasta que se encontrara local á propósito; acuerdo tanto más fácil de cumplir cuanto que D. Cristóbal de Vela no exigía demasiadas explicaciones, ocupado como estaba de continuo con los asuntos de la diócesis.

Una tarde, el doctor Manso y el licenciado Aguiar llegaron al hospital con la noticia de una casa que, al parecer, convenía; pero por las señas creyó Teresa de Jesús que no sirviera, y así, fué menester desecharla. Estaba, sin embargo, tan

agradecida á la buena voluntad que mostraban sus amigos, que al despedirles dijo al doctor:

—« Dios le premie en el Cielo su caridad, aunque tengo para mí que ha de premiársela también en la tierra. »

Y en efecto, estas palabras fueron proféticas; poco tiempo después ocupaba la Silla episcopal de Calahorra.

Al cabo de dos días volvió Fr. Pedro de la Purificación con nuevos tratos, difíciles también de aceptar por las condiciones que ponían los dueños.

—No hay sino tener paciencia, Padre mío, —le dijo la fundadora;—harto siento el trabajo que su paternidad se toma en estos asuntos.

—Bien pequeño es, —contestó el religioso;— lo que aguija más mi deseo es verla pronto fuera de este hospital, triste y malsano.

—No le dé cuidado tal cosa; antes crea que he de echar menos en otra parte las dulces consolaciones que aquí tengo.

—Para hallarlas preciso es que su reverencia sea santa: mucha fama tiene de ello, pero hasta que la he tratado no he conocido lo justa que es.

—Tres cosas han dicho de mí en el espacio de mi vida, —repuso la santa Madre en tono jovial, —que era cuando moza de buen parecer; luego que era discreta, y ahora que soy santa: las dos primeras en algún tiempo las creí, y me he confesado de haber dado crédito á esta vanidad; pero la tercera nunca me he engañado tanto que haya jamás venido á creerla.

—Pero ¿negará su reverencia que la vemos ejecutar empresas y manifestar ánimos que parecen de efecto sobrenatural?

—Todo es de Dios,—repuso apresuradamente, como si le contristara la buena opinión que de ella tenían;—veo muy claro que en esas cosas no pongo nada de mí.

Fray Pedro no pudo menos que admirarse de tan profunda humildad, y guardó un discreto silencio mientras la sierva de Dios proseguía:

—Bastante hemos hablado de la santidad que me atribuyen; hablemos un poco de las casas en que ha de fundarse el monasterio: he pensado detenidamente en la que indicó el doctor Manso, y quisiera que vuesa paternidad rogara al licenciado Aguiar que fuese á verla.

—Iré hoy mismo si le parece.

—Sí, Padre mío, y quiera el Señor que todo acabe pronto y bien.

El religioso se despidió, y Teresa de Jesús bajó á visitar los enfermos como acostumbraba hacer diariamente, pues tal consuelo daba á los desdichados su presencia, que la hospitalera la importunaba con sus ruegos para que no dejase de ir.

Aquella tarde, los destemplados gritos de un infeliz alborotaban y llenaban de congoja á los demás; dirigió la santa Madre sus pasos á la estancia del paciente, y se detuvo al pie del lecho, donde se retorció con horribles dolores.

—«Hijo mío,—le dijo,—¿cómo dais tales voces, y no lleváis ese mal con paciencia por amor de Dios?» (P. Yepes, lib. III, fol. 240.)

—¡Ay, Madre!—repuso el enfermo.—«Es tanto lo que sufro, que parece quiere arrancárseme el alma.»

Teresa permaneció un rato junto á él en fer-

vorosa oración, y el padecimiento fué calmándose poco á poco; por último, un sueño reparador, como hacía mucho tiempo no gozaba, se apoderó del pobre, y quedó rendido á su benéfico influjo. Desde aquel día nadie volvió á oírle quejar desesperadamente; antes sufría las curas con heroica resignación, y mejoraba de espíritu al par que se restablecía de cuerpo.

VI

Cuatro meses hacía que las religiosas estaban en el hospital, cuando el licenciado Aguiar, después de ver la casa que la santa Madre le había encargado, vino bastante satisfecho de ella; vacilaba la fundadora porque pedían mucho más; el Señor le dijo :

—*¿En dineros te detienes? (Fundaciones, capítulo XXXI, núm. 19.)*

Oyó estas palabras cuando en Misa aquel día encomendaba á Dios el asunto, y la animaron para pasar por la cantidad que pretendían. Aguiar negoció con tanto tino, que alcanzó grandes ventajas; y cuando se dieron cuenta de ello otras religiones que deseaban la finca, estaban hechas las escrituras; por fin las descalzas tuvieron convento la víspera de San José.

Todavía se ofrecieron algunos trabajos por causa de unas cartas que el obispo de Palencia escribió á D. Cristóbal de Vela, mostrándose muy sentido de la conducta que éste observaba con las carmelitas; cartas que, si hubieran llegado á poder del Arzobispo, sin duda le produjeran gra-

ve enojo, el cual evitó prudentemente la santa Madre recogiendo las peligrosas misivas, y triunfando así de este obstáculo, como de otros muchos que levantó el enemigo.

Las dificultades de renta las cortó generosamente Doña Catalina de Tolosa ; pero Teresa de Jesús se apresuró á renunciar en secreto de tal liberalidad ; por lo que el convento quedó peor que si declaradamente fuese pobre, pues creyéndolo rico nadie se cuidaba de proveerlo ; envió además la buena señora ajuar completo de cuanto la Comunidad necesitaba, y para remediar algo la falta de recursos trajo para novicias á sus dos últimas hijas, cuyos dotes fueron preciosos auxilios.

En tanto escribía la santa Madre á D. Alvaro Mendoza y le rogaba encarecidamente que, en vez de manifestarse agraviado con el arzobispo de Burgos, se le mostrara agradecido, lo cual importaba á su quietud y al buen término de todo. El prelado de Palencia accedió por Dios y por complacer á la fundadora, que no fué corto sacrificio.

Llegó la carta en tan buena ocasión , que Don Cristóbal de Vela , ya más calmado (pues había visitado á las descalzas dos veces en el hospital y una en su nueva casa), consintió al fin en dar permiso para que se tomara la posesión , suceso que Teresa predijo la semana antes diciendo á Fr. Pedro de la Purificación que, desconsolado por lo que tardaba, quería ausentarse :

—«Mi Padre, no tenga pena, que el Santísimo Sacramento estará puesto antes de ocho días.»
(P. Yepes , tomo I, lib. II , fol. 436.)

VII

El 9 de Abril de 1582 dijo el doctor Mauro la primera Misa en la nueva iglesia, y con gran solemnidad celebró el prior de San Pablo la mayor, con mucha música de ministriles, que, sin ser llamados, acudieron sólo por la alegría que reinaba en la ciudad del buen término que habían tenido los trabajos de las descalzas. Llamóse el convento San José de Santa Ana, y predicó el Arzobispo la fiesta de la fundación para mostrar su contento con la santa Madre, cuidando á la vez de explicar la pena que le causaba que se hubiese tardado tanto el logro de sus religiosos anhelos.

Pero á la alegría del numeroso pueblo allí reunido, aunque todos hacían suya la causa de las siervas de Dios, superaba la de Doña Catalina, que lloraba y sonreía á la vez; los sentimientos de esta buena señora y la felicidad que veía asegurada para sus carmelitas, infundían tierna devoción á Teresa de Jesús y repetía dulcemente:

—«Señor, ¿qué pretenden estas siervas vuestras, sino servirnos y verse encerradas por vos adonde nunca han de salir?» (*Fundaciones*, capítulo XXXI, núm. 25.)

—Extraño es, en verdad, este afán de clausura, «y si no es quien lo pasa, —dice la fundadora, —no se comprende el contento que se recibe cuando ya nos vemos donde no puede entrar persona alguna seglar; pues por mucho que las quisiéramos, no basta para dejar de tener un gran consuelo cuando nos vemos solas; paréceme que es como cuando en una red se sacan muchos peces

del río, que no pueden vivir si no les tornan al agua; así son las almas acostumbradas á estar en las corrientes de las aguas de su Esposo; pues sacadas de allí á ver las redes de las cosas del mundo, verdaderamente no se vive hasta tornar á ellas.» (*Fundaciones*, cap. XXXI, núm. 25.)

Poco tiempo después de tan venturoso día, y cuando Teresa de Jesús se disponía á dar el hábito á algunas doncellas de las muchas que solicitaban alistarse en la bandera de la Reforma carmelitana, unas copiosas lluvias produjeron gran crecida en el Arlanzón, y en la noche del 24 de Mayo desbordó el río, extendiéndose en peligrosas inundaciones. Por hallarse situado en terreno bajo, está el convento amenazado de tal modo que aconsejaron á la fundadora que lo abandonara y se refugiase en la parte alta de la ciudad; pero Teresa, disponiendo en una sala primorosa capilla, hizo trasladar al piso principal el Santísimo, y ordenó con sus religiosas tan eficaces rogativas que cesaron repentinamente las lluvias, el daño se contuvo y la ciudad se salvó por un verdadero milagro.

Aunque muy enferma al principio y luego convaleciente en apariencia, la santa Madre trabajaba sin descanso, con un ardor febril que parecía crecer en lugar de entibiarse; nombró priora á Tomasina Bautista, y subpriora á Catalina de Jesús, que para este objeto trajo de Valladolid; pasó el verano en escribir cartas, anhelante de concluir cuantos asuntos tenía pendientes, pues ansiaba volver á Avila y dar el velo de profesa á su sobrina Teresa de Cepeda, que la llamaba con grandes instancias.

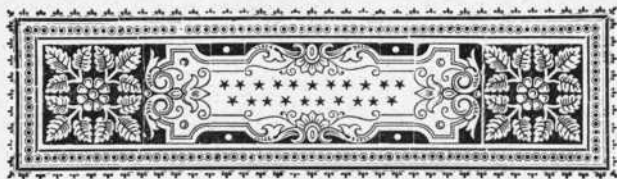
¿Cómo vivía el monasterio sin rentas? Este era el continuo prodigio de las casas que fundaba la sierva de Dios.

—«Para hacer un convento, —decía, —basta una casa alquilada, una campanilla y una cruz; el Señor provee abundantemente lo demás.»

Las hijas de la viuda de Tolosa y otra noble doncella, recibieron el hábito el mismo día de manos del Arzobispo; cuando aquella noche daba en el coro gracias á Dios Teresa de Jesús, oyó la voz del divino Esposo que la decía:

—*¿En qué dudas? Esto está acabado; bien te puedes ir.* (*Fundaciones*, cap. XXXI, núm. 26.)





CAPITULO XII

AL CAER LAS HOJAS

I

SEPTIEMBRE, el mes de las frescas brisas, tan agradables después de los ardores del estío, enriquecía la naturaleza con las galas de su fugaz reinado; un vago tinte de oro y fuego daba toques brillantes por do quiera; las colinas, cubiertas de viñedos, mostraban entre los rojos pámpanos un tesoro de racimos como apretados rubíes; los vendimiadores bajaban á los lagares con sus cestos de palma llenos del sabroso fruto; los granados, manzanos y membrilleros mostraban sus sazonadas pomos, medio ocultas por las verdes hojas, y los brezos, zarzas y lentiscos, teñidos de vivo color de púrpura, se mezclaban en vistoso maridaje con las adelfas y madroñeras.

Los días eran templados, y las noches serenas y apacibles; el vientecillo de otoño se diver-

tía en desnudar los árboles de sus hojas secas, y formar con ellas polvorosos remolinos. ¡Ay! Aquella naturaleza que parecía exuberante de vida, se despojaba poco á poco de su lozano atavío, y no debía tardar en aparecer desnuda y helada como la imagen de la muerte.

II

Rosado el semblante y agitada la respiración, con extraño brillo en la mirada y leve sonrisa en los labios, Teresa de Jesús caminaba de vuelta á Avila, con su fiel compañera Ana de San Bartolomé. ¡Cuánto deseaba llegar! Según su impaciencia, le parecía que nada adelantaba en el penoso viaje.

—¡Oh, Madre mía! ¡Qué pena me causa verla trabajar y padecer de continuo,—decía Ana;—pero hoy se encuentra mucho mejor, ¿no es verdad?

—Si lo parezco debo estarlo, —respondió evasivamente la fundadora por no afligirla.

—¿No se halla su reverencia muy alegre de lo bien que se ha hecho todo en Burgos? ¡Quien lo hubiera creído después de tantas penalidades! Lo que es la estancia en el hospital no se me olvidará fácilmente; nunca he visto reunida mayor cantidad de lástimas y de dolor. Bien puede congratularse su reverencia de haber cambiado la casa de la Concepción por el hermoso convento que allí deja, y hasta si cabe en su humildad, tener por ello una poquita de vanagloria.

—«¡Vanagloria! Gloria á Dios, que yo entiendo, ni la he tenido jamás, ni hay por qué te-

nerla : porque veo claro no pongo en estas cosas nada de mí.» (Carta XI, del título II.)

— No es ésa la opinión de los que tratan á su reverencia, que bien alta colocan la fama de su santidad.

—¿También vuestra caridad habla de eso, hija mía?—murmuró disgustada.—Harto me ha pesado que hasta Fr. Pedro de la Purificación repitiese acerca de tal asunto lo que oyó en otras partes. ¡Perdone el Señor á todos el desatino de creerlo, y, mire, voy á tratar de esto ahora que estamos solas: de otro modo, por vergüenza no me atrevería; me causa tanta pena, no sólo que lo digan, sino aun que lo piensen, cuanto que me *considero ante Dios una muy ruin criatura, que harto haré, viendo quien soy, en no desesperar.* (P. Yepes, tomo II, lib. III, fol. 48.)

— ¡Oh Madre! — exclamó Ana de San Bartolomé.—¿Es posible que hable así la que es columna y sostén de nuestra amada Reforma?

— «Crea seguramente que aquí se ve la necesidad en que ha estado la Orden, pues de mí se hacía tanto caso á falta, como dicen, de hombres buenos.» (*Fundaciones*, cap. XXX, núm. 3.)

— ¡Qué severamente se juzga su reverencia!

— ¡Plegue al Señor nos alcance su misericordia, y déjese, Hermana, de los juicios del mundo, que son vanos y engañosos como él! La verdadera grandeza, la única gloria en la tierra, es servir fielmente á nuestro Dueño divino. ¡Oh, mi amada hija, qué buenas arras he recibido de estas verdades! ¡Le debo tan grandes mercedes, que bastarían á confundirme si no estuviera convencida de mi ruindad.

La fundadora guardó algunos instantes de silencio, y su rostro, encendido como el de un serafín, se animaba con la expresión del amor de Dios, que tanto la embellecía.

—Escúcheme, y juzgará—prosiguió—si tiene mi alma grandes motivos para desear la gloria del que la ha colmado de favores. «Hace algún tiempo me dijo el Señor: siempre deseas trabajos, y por otra parte los rehusas; yo dispongo las cosas conforme á lo que sé de tu voluntad, y no conforme á tu sensualidad y flaqueza. Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo; he querido que ganes tú esta corona: en tus días verás muy adelantada la Orden de la Virgen.» (Adiciones á la Vida de la santa Madre.)

Volvió á detenerse mientras su compañera la miraba con asombro respetuoso; sonrió á un objeto visible sólo para ella, y con acento más vibrante exclamó como si se dirigiera á todas las criaturas:

—«¡Oh cristianos! ¡Oh hijos míos! ¡Despertemos ya por amor al Señor de este sueño del mundo, y miremos que aún no nos guarda para la otra vida el premio de amarle, que en ésta comienza la paga! ¡Oh Jesús mío! ¡Quién pudiera entender la ganancia que hay en arrojarnos en los brazos de este Nuestro Señor, y hacer un concierto con Su Majestad, de que yo para mi Amado y mi Amado para mí, y mire Él por mis cosas y yo por las suyas!» (*Conceptos del Amor de Dios*, cap. IV, núm. 10.)

Mientras Ana de San Bartolomé enjugaba con su velo las abundantes lágrimas que le arrancaba aquel acento conmovedor, Teresa de Jesús cerró

los ojos, y al rosado del semblante sucedió la palidez de un cadáver; alarmada la compañera, tomó una de sus manos y la encontró helada.

— ¡Madre! ¡Madre! — exclamó con angustia.

No obtuvo respuesta, y sus gritos de espanto llegaron al conductor, que, al oírlos, detuvo el carro.

— ¿Qué pasa? — preguntó alarmado.

— Su reverencia está enferma, — respondió muy afligida la religiosa. — ¿Falta mucho para Medina?

— Escasamente una hora; ya se ven las torres; ¿quiere vuesa merced que adelante y pida auxilios?

— No, no, — repuso espantada á la idea de quedar sola en el camino desierto, cerca de noche, y con una enferma en el estado en que se hallaba la fundadora. Mejor será apresurarnos todo lo posible.

El conductor volvió á su asiento, hizo sonar el látigo, y las mulas arrancaron con un trote ligero que debía abreviar en poco tiempo la distancia. Ana de San Bartolomé desató la cortina para establecer corriente de aire, y sosteniendo en sus rodillas la cabeza de la santa Madre, le bañó el rostro con agua. ¡Demasiado comprendía que estaba peligrosamente enferma, y que sólo por obediencia se había puesto en camino!

III

Una tarde, algunos días después del suceso que se deja referido, Doña María Enríquez recurría con impaciencia las hermosas cámaras de su

palacio en Alba de Tormes, y se asomaba de vez en cuando al gran balcón de piedra que coronaba la fachada.

A pesar de los muchos disgustos que la rodeaban desde que el casamiento de su hijo trajo graves enojos del Rey con su familia, la belleza de la noble señora no había perdido su atractivo. Acompañada de varias amigas, entre las que se hallaban damas tan hermosas como Teresa Láiz, sobresalía entre todas cual la luna en medio de su corte de estrellas; la ansiedad de la Duquesa era tan visible, que cuantas la acompañaban participaban de ella.

—Ya son más de las cinco,—dijo al fin, después de consultar un reloj,—y por lo que el Padre Provincial aseguraba, debían estar aquí antes de las cuatro.

—¿Quién sabe los inconvenientes que habrán tenido?—repuso con timidez Teresa Láiz.

—Aseguro á vuesa merced que sólo imaginarlos me roba el sosiego,—tornó á decir la Duquesa;—pero lo más grave es que temo no llegue á venir por la falta que hace en Avila.

—¡Ah, señora!—replicó la esposa de Velázquez.—La santa Madre no tiene más ley que la obediencia; el Provincial ha ido á esperarla á Medina del Campo para mandarle que se detenga en esta villa; así, piense y tema su señoría cuanto pueda retrasar que lo haga; mas no imagine que se niegue á su voluntad.

Y como para confirmar estas palabras, aparecía entonces, á lo largo del camino que desde el balcón se divisaba, un carro, al lado del cual cabalgaba en una mula un religioso, que fué al pun-

to reconocido: era el virtuoso y anciano prior de Mancera, Fr. Antonio de Jesús.

—Allí vienen,—dijo alegremente Doña María Enríquez.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó con piadoso recogimiento Teresa Láiz.

La noticia se transmitió al pueblo rápidamente; de modo que, cuando llegaron los viajeros, la gente acudía por todas partes á recibirlos.

Ana de San Bartolomé ayudó á bajar á la fundadora, en cuya lenta marcha se adivinaba la gran debilidad que tenía.

—Por favor, aparten vuestras mercedes; la Madre Teresa viene enferma; déjenla que éntre á reposar,—decía Fr. Antonio de Jesús lleno de angustia, tratando en vano de separar á las mujeres y niños, que se atropellaban por besar las delgadas y transparentes manos de la santa Madre, mientras ésta, aceptando con agrado sus sencillos homenajes, hacía sobre aquellas frentes inclinadas la señal de la cruz.

La llegada de la Duquesa contuvo el entusiasmo de la multitud y la hizo separarse respetuosamente; la humilde huésped penetró en el palacio, y colmada de atenciones fué conducida á una cámara donde tenían dispuesta la mesa, cubierta de exquisitas viandas.

Doña María hizo sentar á la fundadora en un sillón blasonado, y se colocó en un taburete junto á ella. Entonces Teresa de Jesús alzó su velo. Estaba pálida y demacrada, pero tranquila; la de Alba la contempló pesarosa; y aunque no se daba cuenta de la impresión que sentía, su angustia le presagiaba algo desconsolador. Sin embargo,

dominándose, tomó un aire alegre para decir:

—¡Qué contenta estoy de ver á su reverencia, y cuánto me han consolado sus cartas en las pasadas tribulaciones! Mas ya que, al parecer, se ha cansado la fortuna de perseguirnos, justo es que gocemos reunidas del venturoso fin que han tenido nuestros trabajos.

—El Señor nos prueba muchas veces,—contestó Teresa,—para que nos conozcamos; pero debemos hacer pruebas de nosotros mismos antes que Él las haga. (El espíritu de este párrafo, de la *Morada* 3.^a, cap. II, núm. 1.)

—Es muy cierto,—repuso Doña María con un profundo suspiro;—así, ni las contrariedades ni los desengaños pueden sorprendernos; ¡gracias mil veces á Dios, que ha mejorado sus horas! Pero hablemos de otro asunto: su reverencia debe estar necesitada con los conventos que tiene á su cargo, los cuales son otros tantos hijos que reclaman protección; y aunque los bienes de fortuna sean corta paga para las obligaciones en que estoy con su reverencia, me tengo por muy dichosa en ofrecerle cuanto poseo para ayudarle en sus trabajos.

—Su señoría padece grave error,—repuso la santa Madre;—lo único que he hecho por ella, ha sido cumplir mi deber de encomendarla á nuestro Señor como fiel amiga y constante bienhechora: Él es quien todo lo ha mejorado, y con Él está en descubierto: páguele según estime la grandeza de los favores recibidos.

—¡Oh, bien puedo asegurar que me será difícil cubrir mi deuda! Mas dejemos esto, y permítame entregarle algunas bagatelas para que

atienda á lo más necesario del culto que se hace en las iglesias de los descalzos.

Y Doña María tomó de un escritorio un cofrecillo de joyas, de las que empezó á separar muchas y preciosas, que depositaba en el escapulario de la santa Madre. ¡Oh Dios! ¡Con qué indiferencia veía ésta correr aquel río de oro y brillantes entre los torneados dedos de su noble amiga, y cómo lo que fuera asunto de codicia para los mundanos, sólo despertaba en ella este pensamiento!

—«Despega el corazón de todas las cosas y busca, y hallarás á Dios.» (*Aviso* 36.)

Resuelta á no aceptar el valioso regalo, pero sin querer tampoco ofender con una negativa á la generosa dama, se limitó á guardar silencio y dejar que la Duquesa dispusiera á su arbitrio de las ricas alhajas.

IV

Teresa Láiz y Ana de San Bartolomé hablaban en tanto en una pieza inmediata.

—¡No he podido verle el rostro,—decía la primera;—pero me ha sorprendido su abatimiento.

—¡Ay, mi señora!—exclamó la pobre freila, sin cuidarse de enjugar sus lágrimas;—creo, en verdad, que nuestra santa Madre está en la tierra por milagro; ya le he referido el desmayo que le acometió cerca de Medina, del cual no juzgué que volviera; cuando al cabo recobró el conocimiento, estaba tal, que temí no pudiera moverse en muchas semanas, y, sin embargo, ape-

nas mi Padre Provincial, que fué á vernos cuanto llegamos, le significó su voluntad de que pasara por aquí antes de ir á Ávila, se animó en términos que hablaba de partir al día siguiente, y lo que por ruegos nuestros se ha detenido, le ha costado gran violencia.

—¿No le contrarió el deseo de Fr. Antonio?

—Ni en lo más mínimo. ¿No sabe vuesa merced que es la enamorada de la obediencia?

—Sí; mas á pesar de ello, tenía mis temores de que le disgustara el empeño de la señora Duquesa, siquiera por lo que retarda la vuelta á su ciudad natal.

—¡Oh, no! Todo lo que sea complacer á tan piadosa dama, es regalo para el agradecido corazón de nuestra Madre; la que verdaderamente anhela ahora no seguir el viaje soy yo. Quisiera dar lugar á que mejorara con la tranquilidad del convento, y no exponerme otra vez á susto y pena como el pasado. ¡Si vuesa merced la hubiera visto! Cierto que ahora parece mejor, pero creo que están contados sus días sobre la tierra.

Teresa Láiz se estremeció al escuchar estas palabras.

—Es su naturaleza robusta y fuerte todavía,—murmuró,—y quizá el Cielo la dilate la vida largos años.

—¡Plegue al Señor logremos esta ventura, mas no lo espero! ¿Olvida vuesa merced sus trabajos, enfermedades y continuas penitencias, y sobre todo el amor á Dios, ardiente é infinito que abrasa su pecho, cuya intensidad crece de modo que no basta nada á satisfacerle? «Me veo morir de deseo de ver á Dios,—decíame no ha mu-

cho,—y no sé dónde he de buscar esta vida sino es en la muerte.» (Vida de la Santa Madre escrita por ella misma, cap. XXIX, núm. 7.)

— ¡Oh bendita Madre nuestra? ¿Cómo resignarse á la idea de su falta?

—Si tales son los sentimientos de vuesa merced, ¿qué serán los de sus Hijas? En cuanto á mí, le afirmo que, ausente de ella, soy cuerpo sin alma, y no extrañe el encarecimiento; que podría decirle cosas que le hicieran entender la razón con que le hablo.

—Dígalas, hermana; nada me admira tratándose de la Madre Teresa de Jesús.

—Estaba yo enferma en Avila cuando se disponía el viaje para Burgos, y tan enferma que no podía levantar la cabeza de la almohada; la víspera de la marcha se acercó nuestra Madre á mi lecho, y con semblante alegre me dijo: «Vaya, hermana, anímese, que mañana nos vamos.» Yo le respondí: «¿Cómo puede ser eso, Madre, si estoy mala?» «Pues vea lo que ha de hacer,—me contestó,—porque no admito retardo.» Fuése, y yo quedé batallando con la obediencia y el mal. Me dormí, y á media noche desperté con la cabeza despejada, ágil y con tan buen ánimo que nunca me había sentido mejor; al amanecer nos pusimos en camino, y no he vuelto á sentirme de nada.

— ¡Es asombroso! — exclamó Teresa Láiz.

— En Burgos experimenté otra maravilla, —prosiguió la religiosa: — nunca he leído sino muy mal en libro de romance con letra gorda y clara; escribir menos, y me causaba una pena ver á mi santa Madre trabajar noches enteras en con-

testar su correspondencia, que mientras ella lo hacía lloraba yo en un rincón por lo inútil que le era. Una vez le dije: «¡Ay! Si yo supiera, ¡cómo le trasladaría algo!» Se sonrió, y me contestó: «Pruebe á hacerlo.» «Déme algo que copiar.» Me dió algunos renglones, los copié una y otra vez, y al día siguiente escribía de corrido.

—¿De modo que suya es la letra de las últimas cartas? — preguntó llena de asombro la esposa de Velázquez.

— Mía y no mía, — respondió humildemente Ana de San Bartolomé; — la mano que la traza, es ésta; la virtud que la guía, es de mi santa Madre.

V

La llegada de una dueña interrumpió esta conversación.

— Mi señora ruega á vuestras mercedes que pasen á su cámara, — les dijo.

Teresa Láiz y la freila se apresuraron á obedecer.

— Su reverencia quiere retirarse, — dijo Doña María Enríquez á esta última, — y antes que lo haga deseo dar gracias á vuestra merced por lo que ha hecho en el camino para alivio y regalo de su Prelada; pues le aseguro estimo en más lo que sirven á esta buena Madre mía, que si fuera yo quien recibiera los favores.

Ana de San Bartolomé se inclinó respetuosamente, y contestó:

— Si su señoría comprende el gusto con que cumplo deberes que me son tan gratos, no manifieste agradecimiento por ellos.

— ¡Buena y fiel amiga! — murmuró la Duquesa. — ¡Cuán diferentes son estos lazos, de los que se forman en el mundo que me rodea!

Pareció durante algún rato como abrumada por sus pensamientos; después dijo á la fundadora con una leve sonrisa:

— Debería enojarme con su reverencia porque me ha obligado hasta á suplicarle para que acepte algunas naderías; y no contenta con ello, se va á retirar sin permitir acompañarme á la mesa.

— ¡Oh, señora! — repuso con humildad la santa Madre, cuyo malestar y palidez se hacían por momentos más visibles. — Perdóneme; mas como tengo monasterio en este lugar, debo guardar mi regla y comer sólo cuando se coma en él.

— Entonces, permitid al menos que mande poner mi litera.

Teresa, de cansada, no se atrevió á rehusar; la Duquesa llamó, y su doncella de confianza entró al punto.

Mientras Doña María daba sus órdenes, la fundadora se levantó penosamente y se aproximó á Teresa Láiz.

— Tome vuesa merced, hija mía, — le dijo muy bajo, entregándole el paquete de alhajas que la Duquesa se empeñó en regalarle; — devuelva esto á mi señora Doña María cuando yo me halle en el convento, y calle hasta entonces, que sirve en ello á Nuestro Señor.

La esposa de Velázquez se inclinó en señal de asentimiento; guardó lo que le entregaban, y besó con efusión las manos de la santa Madre.

La Duquesa volvió, y dijo á su huéspeda mostrándole las viandas:

—¿Pero de veras no tomará ni un bizcocho?

Teresa de Jesús hizo una señal negativa, y Ana de San Bartolomé se inclinó para decir muy quedo á la esposa de Velázquez :

— No será porque no lo necesite, pues desde ayer sólo ha comido unas berzas mal aderezadas, y en los días anteriores higos secos.

VI

Por favor especial, y como prueba de lo que importaba á la Comunidad el gran acontecimiento, la priora de la Asunción había mandado que no se tocara á silencio hasta después de la llegada de la santa Madre.

Oficiosos avisos habían dicho en el torno su venida y detención en el palacio de Alba, y todas procuraban rivalizar en celo para adornar la clausura prontamente.

Era poco antes de oraciones, y desde el cielo tranquilo esparcía la luna, en su primer crecimiento, rayos de pálida luz, que iluminaban el ancho patio donde se hallaba el pozo que describimos al tratar de esta fundación ; pero el inculto solar se había convertido, gracias á inteligentes cuidados, en deleitoso, verjel poblado de crecidos árboles; rosales y madre selvas cubrían las paredes; el suelo ostentaba verde alfombra de crecido musgo, y para que nada faltase al profético sueño de Teresa Láiz, dos religiosas, blancas flores del místico jardín, conversaban apoyadas en el grueso brocal del pozo.

El asunto de su plática debía ser triste, por-

que, al resplandor de la luna, brillaban las lágrimas que lentamente se deslizaban por las mejillas de una de ellas, que, aunque muy joven, se ornaba ya con el sagrado velo de profesa.

— Todavía la he visto esta noche, — decía la otra de menos edad, que era novicia; — pero hace un rato que se ocultó misteriosamente como aparece. Es una estrella mayor que las demás, y de un resplandor que asombra; permanece algún tiempo fija sobre la iglesia, y se pierde hasta el siguiente día.

— Yo también la he reparado, y por cierto que al principio, viéndola tan hermosa, no quería apartar de ella los ojos; — respondió tímidamente la profesa; — pero ahora, cuanto más la miro, más segura estoy de que Dios la envía para anunciar á nuestra Orden algún grave suceso.

— ¡Con tal que sea venturoso! Pero la tristeza que me inspira no se aviene con la belleza del mensajero.

— ¿Ha oído decir su reverencia que nuestra santa Madre se halla enferma?

— No, — repuso estremeciéndose la interrogada, — y por Nuestro Señor no me haga esa pregunta después de hablar de presagios.

— Súframe que lo diga aunque le pese; tristes presagios son los que hace tiempo nos apenan el ánimo; Catalina de la Concepción, cuando se recoge á orar, oye junto á sí un gemido leve y dulce, que bastantes lágrimas le cuesta; y no crea que esto es de ahora, sino desde el verano pasado.

Rumor de pasos y algunas palabras quedamente pronunciadas interrumpieron este diálogo.

go; una freila que pasaba, exclamó con alegría:
—¡Ya está ahí!

En efecto: la Comunidad entera acudió á la portería para recibir á la fundadora, cuyo cada-
vérico semblante, iluminado de lleno por las ha-
chas de cera que sostenían algunas religiosas, impresionó tristemente los corazones.

—¡Madre amada! ¡Madre nuestra!—repetían todos los labios.—¡Sea su reverencia bien venida entre nosotras! ¡Bendito sea el Señor que nos otorga esta dicha!

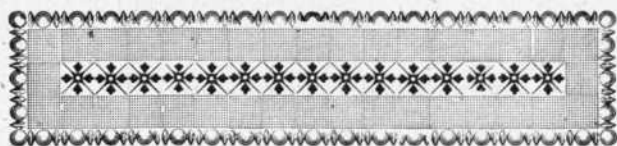
A pesar del ansia que tenían por besar sus manos y pedirle la bendición, el estado de abatimiento en que la hallaban abrevió las felicitaciones; apresuráronse á llevarla á la celda que le habían prevenido, y mientras unas acomodaban el humilde lecho, otras acudían con sustancias y cordiales.

¡Qué dulce paz, qué extraño gozo inundaba el alma bendita de Teresa de Jesús! ¡Con qué amor contemplaba aquel santo asilo, isla de reposo en los mares de la vida, y baluarte firmísimo de la constancia y de la fe! ¡Cómo veía su espíritu de humildad y desasimiento de todo reflejado en los tranquilos y risueños semblantes de sus amadas hijas! ¡Eran las criaturas que había previsto, seres perfectos que á través de los siglos cantarían las alabanzas del Señor!

Un sopor dulce la rendía poco á poco; dejóse acostar, tomó lo que luego le ofrecieron, y se deleitó en la amargura de las medicinas para mortificar hasta en esto el cuerpo de que tan enemiga se mostraba, y al dejar caer sobre la almohada la cabeza murmuró:

—«¡Oh! ¡Válame Dios, hijas, y qué cansada me siento! Más ha de veinte años que no me he acostado tan temprano como ahora. ¡Bendito sea Dios, que he caído mala entre ellas!» (P. Yepes, tomo I, lib. II, fol. 468.)





CAPITULO XIII

EL CANTO DEL CISNE

I

Los primeros rayos del sol se deslizaban por las ventanas de la enfermería donde Teresa de Jesús había pasado la noche; los gorriones piaban en el huerto, y buscaban entre la tierra los granos de semilla que debían servirles de alimento. Los árboles mostraban el verdor de lozana primavera, y el musgo lucía abri-llantado manto de rocío.

Ana de San Bartolomé, que á pesar del cansancio no cedió á ninguna su puesto junto al lecho de la enferma, la vió con alegría despertar más animada; las anchas ojeras no habían desaparecido, pero el color era menos pálido y los labios estaban levemente rosados.

La freila se retiró discretamente, por temor de disgustarla con la vela que se impuso; al salir se cruzó con la Priora y algunas religiosas que entraban.

—¡Qué perezosa he estado!— exclamó la fundadora dirigiéndose á ellas, con tan festivo acento que las religiosas la juzgaron mucho mejor de lo que en realidad se hallaba.

Después se levantó, asistió á coro, oyó Misa y recibió la sagrada comunión con ternísimos afectos, quedando por largo rato embebida en santa contemplación. Más tarde recorrió la casa y elogió el buen orden de ella, así como el excelente espíritu de sus hijas.

II

Aunque el mes de Septiembre tocaba á su fin, la temperatura continuaba templada y los días serenos. La tarde del 22 bajaron las religiosas al huerto acompañadas por la santa Madre, que á ruegos de ellas iba á amenizar aquel rato con sabias lecciones.

Catalina de la Concepción, noble y hermosa criatura, que, aun en medio de tan fervorosa Comunidad, se distinguía por tal conjunto de virtudes, que parecían formar sobre su frente espiritual y riquísima corona, daba cuenta á Teresa de Jesús de las mejoras hechas en la casa; del aprovechamiento de unas, y del fervor y buenos deseos de otras, lo que la fundadora oía con gusto, aprobando su discreción, á la vez que iluminaba las dudas que tenía, y llena de bondadosa ternura corregía y aconsejaba, esparciendo el suave perfume de su santidad.

—Tened presente, hijas mías,—decía con voz armoniosa aunque algo débil,—«lo que hay que andar desde aquí para el Cielo, y viviréis con

temor, que es causa de grandes bienes.» (*Aviso 47.*)

«No á todos lleva Dios por un camino, y por ventura al que le parece que va más bajo, está alto á los ojos del Señor.» (*Camino de Perfección*, cap. XI, núm. 1.)

—¿Podremos hacer algo para aumentar la paz que ha de reinar siempre en estas moradas? —preguntó humildemente la Priora.

—Lo primero tratar de conservarla, y para ello retirarse cada vez más de lo exterior; de no hacerlo así, podría el demonio darles guerra.

En otras cosas, y *mientras vivamos*, hemos de temer. ¡Dios os libre de muchas maneras de paz que tienen los mundanos : nunca Dios os la deje probar, que es para guerra perpetua. (*Camino de Perfección*, cap. II, núm. 1.) «Pues así como la víbora, en mordiendo á uno lo emponzoña todo, así las vanidades del mundo destruyen cuando las apetecemos.» (*Morada 2.^a*, cap. I, núm. 6.)

—¡Cómo iluminan las lecciones de su reverencia la senda que hemos de seguir! —exclamó Catalina de la Concepción, que, sentada á los pies de la fundadora, parecía pendiente de sus labios. ¿No es verdad, hermanas mías, que despiertan en nuestros corazones ardientes deseos de consumirnos en el fuego del divino amor?

Un murmullo de asentimiento respondió á estas entusiastas palabras.

—¡Bendita hija mía! —dijo Teresa de Jesús, al par que hacía la señal de la cruz sobre aquella frente que bañaba la luna de argentados resplandores. —«El alma enamorada de Dios, especialmente si es mujer, siente no poder ganar

almas para el Cielo, y quisiera dar voces por el mundo para que todos alabasen á su majestad.» (El espíritu de este párrafo, de la *Morada* 6.^a, cap. VI, núm. 2.)

Se interrumpió algunos momentos, y después continuó como si hablara para sí :

—«¡Ah! ¡Qué cierto es que el corazón enamorado no admite consejos ni consuelos para curar la herida de su amor, sino del mismo que le llaga!» (*Exclamación* 16.)

Su rostro parecía irradiar con luz sobrenatural, y Ana de San Bartolomé la contemplaba admirada. ¿Era aquella criatura, llena de encendidos fervores, la que en el camino de Medina tuvo en sus brazos, privada de conocimiento y casi de vida?

—Miren, mis hijas,—prosiguió la fundadora, después de algunos instantes de silencio, en que pareció adquirir mayor energía, pues el hablar del amor de Dios obraba en ella maravillas ;—las ideas se expresan con palabras, y las palabras evocan los recuerdos. Como por la bondad del Señor disfrutamos este rato de tranquila recreación, habréis de sufrir que os diga unas coplas que hice en Salamanca, «después de oír un cantarcillo de cómo era recio sufrir estar sin Dios».

*Vivo sin vivir en mí;
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.*

Aquesta divina unión
Del amor en que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo
Y libre mi corazón.
Mas causa en mí tal pasión

Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay qué larga es esta vida;
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
¡Sólo esperar la partida
Me causa dolor tan fiero,
Que muero porque no muero !

¡Ay qué vida tan amarga
Do no se goza al Señor,
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga;
Quíteme Dios esta carga,
Más pesada que el acero,
Que muero porque no muero!

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque, muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza;
Muerte do el vivir se alcanza :
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Interrumpióse Teresa porque el exceso de su emoción la ahogaba ; elevados los ojos al cielo, bañada su faz por la dulce claridad de la luna, no era mujer, sino ángel desterrado que suspiraba por volver á su dichosa patria.

Reinaba profunda quietud ; dormida el aura entre las hojas, ni el eco más leve turbaba la majestad de aquel instante ; hubiérase dicho que la Naturaleza enmudecía para escuchar la expresión de tan amorosos sentimientos. En tanto las religiosas contemplaban á su santa Madre, temerosas de que algo extraordinario la arrebatase de entre ellas ; al fin continuó, dirigiéndose, más

que á sus hijas, á aquel que vivía en su corazón,
y cuyo rostro, brillante como un relámpago, pa-
recía adivinar á través del azulado velo :

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no me seas molesta ;
Mira que sólo me resta
Para ganarte perderte.
Venga ya la dulce muerte;
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,
Es la vida verdadera;
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva.
Muerte, no me seas esquivia;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios, que vive en mi,
Si no es el perderte á ti
Para mejor á Él gozarle?
Quiero, muriendo, alcanzarle,
Pues á Él solo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿Qué vida puedo tener,
Sino muerte padecer,
La mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí
Por ser mi mal tan entero
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
Aun de alivio no carece;
A quien la muerte padece,
Al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que le iguale
A mi vivir lastimero,
Que muero porque no muero?

Cuando me pienso aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar :
Todo es para más penar
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

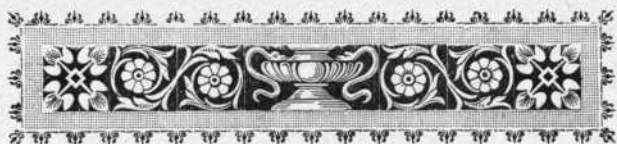
Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor,
Viviendo en tanto pavor
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida ;
No me tengas impedida
En aqueste lazo fuerte;
Mira que muero por verte,
Y vivir sin ti no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh, mi Dios! ¿Cuándo será
Cuando yo diga de vero
Que muero porque no muero?

Algún tiempo hacía que Teresa de Jesús había concluido de hablar, y continuaba reinando el grave silencio que ninguna de sus Hijas tenía valor para interrumpir.





CAPÍTULO XIV

LA PARTIDA

I

Pocos días después de la tarde de recreación que hemos referido, y cuya memoria debía ser eterna para las descalzas de Alba de Tormes, se agravó tanto la enfermedad de la santa Madre que, á pesar de haber luchado valerosamente, tuvo al fin que rendirse y guardar cama el día de la fiesta de San Miguel.

Hasta entonces no había faltado á los divinos Oficios; antes era la primera en acudir al coro y la última en abandonarlo. Aprovechó también la semana en escribir muchas cartas, ordenar sus apuntes y papeles, y hasta recibió dos veces la visita de la duquesa de Alba, que muy sentida al principio por la devolución de las joyas, y convencida después por las explicaciones que la fundadora le dió, quedó contenta y edificada.

Cuando Teresa vió que le era imposible le-

vantarse, rogó á sus Hijas que la trasladaran á una enfermería alta, donde, por una reja que en ella había y daba á la iglesia, podía oír Misa, y pasó allí muchas horas como transportada en oración, acompañada sólo de Ana de San Bartolomé.

Antes de recogerse entró Catalina de la Concepción, ansiosa de saber si su amada enferma experimentaba algún alivio y con el propósito de velar á su lado. Ana se opuso á este deseo, y le mostró á la santa Madre tranquila al parecer.

—Ya ve su reverencia, —dijo, — que nada hay que hacerle: descanse ahora, y si mañana es preciso aceptaré su buena voluntad.

II

Al nacer el alba, Teresa abrió los ojos; miró á su compañera con inefable expresión de gratitud, y le indicó por señas el sitio en que se hallaba su breviario.

Ana se apresuró á llevarlo; la santa Madre le abrió trabajosamente; buscó entre sus hojas una cifra, cuyo color indicaba estar escrita de mucho tiempo, y la mostró á la religiosa.

—Sí, —dijo ésta;—bien la veo. ¿Qué me quiere decir su reverencia?

—Hace ocho años, —murmuró con acento débil como un suspiro, — me fué revelada la partida... desde esta noche... sé el día y la hora...

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la pobre Ana, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Llanto?—dijo Teresa con dulce tono de reconvencción.—¿Llanto porque... se acaba... mi destierro?

—¡Oh, Madre!—gimió la fiel amiga.—Ruegue al Señor que tenga piedad de nuestra Orden, y nos conserve la más firme columna de ella.

—¡*Sólo Dios basta!*—respondió con acento muy marcado. Avise á mi padre... Fray Antonio de Jesús... y no muestre... pena... sino alegría; antes se lo hubiera dicho... si no me detuviera... el temor... de... afligirla.

III

El Provincial acudió al momento, tan abatido y lloroso que daba compasión. Al fin procuró dominarse, y entró en la enfermería.

Teresa se confesó muy despacio, y con una contrición que edificaba; el extremo de su humildad la hacía juzgarse la más pecadora y miserable de las criaturas. ¿Qué había hecho por Dios para lo que hubiera podido hacer? ¿Qué eran sus obras imperfectas comparadas con los tesoros que la misericordia del Señor le franqueaba, y qué habría aprovechado copiosamente quien no fuese tan ruin como ella?

Cundía entretanto la alarma en el convento, y la mala nueva se esparcía en toda Alba; las religiosas buscaban la soledad del coro para desahogar su dolor; las súplicas y penitencias aumentaban; los altares resplandecían de luces, y los rezos terminaban con fervorosas rogativas.

—¿Perderemos á nuestra Madre?—decía la joven novicia á su compañera la profesa, con quien hablaba en el huerto la tarde que llegó Teresa de Jesús.

—¡No lo quiera Dios!—repuso con vehe-

mencia la interpelada.—Mas los presagios siguen, y creo que nada bueno auguran. Durante el paroxismo de esta noche, nuestra Madre Priora ha visto dos luces muy brillantes en la ventana de la enfermería.

—¿Sabe su reverencia lo que dice Catalina de la Concepción?

—No.

—Al salir del coro la hallé extremadamente pálida, y le dije: «¿Qué tiene?» «He visto,—me respondió temblando,—un rayo *color de cristal*, muy transparente y hermoso, bañar todo el lecho de nuestra santa Madre, y especialmente su venerable cabeza; lo que es tanto más de notar cuanto que aquella parte de la estancia siempre es obscura.» (P. Yepes, lib. II, fol. 469. Todo lo que se refiere de dichas señales, es de esta obra y del capítulo citado.)

IV

La noche del 3 de Octubre presentaba la enfermería un aspecto brillante y conmovedor: frente al lecho que ocupaba la fundadora, se levantaba un altar profusamente adornado de luces y flores; hierbas aromáticas y capullos de rosas cubrían la pobre tarima donde yacía la enferma con el abatimiento propio de un cuerpo á quien abandona lentamente la vida.

Cruzadas las manos sobre el pecho, y perdida la mirada en misteriosa y extática contemplación, decía á las religiosas que la rodeaban:

—«Hijas mías y señoras mías: perdonenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de

mí, que he sido la mayor pecadora del mundo y la que más mal ha guardado su Regla y Constituciones. Pídoles por amor de Dios, mis Hijas, que las guarden con mucha perfección, y obedezcan á sus Superiores.»

Los sollozos levantaban con violencia el pecho de aquellas criaturas angelicales, mientras los labios permanecían heroicamente mudos; hubiérase dicho que por un convenio tácito dominaban toda su emoción para no turbar el reposo que parecía disfrutar su amada Madre.

Pocos momentos después, la Comunidad entera, llevando hachas encendidas, penetraba en la enfermería acompañando el sagrado Viático que traía el Padre Provincial. El buen anciano, tras-pasado de pena, oraba mentalmente por la Reforma carmelitana, á quien amenazaba próxima orfandad. Al aproximarse el Huésped divinísimo, la que yacía desplomada y sólo á poder de medicinas crueles parecía alentar, se incorporó con tal ligereza que el asombro paralizó á los circunstantes.

Ansiosa, enamorada, resplandeciente el rostro que un vivo color encendía; hermosa como en los albores de su florida juventud, tendió las manos hacia el *Amado* de su corazón, y exclamó con un acento que no parecía pertenecer á la tierra :

— «¡Oh Señor mío y Esposo mío!: ya es llegada la hora deseada; tiempo es ya de que nos veamos, Señor mío; ya es tiempo de caminar; sea muy en hora buena, y cúmplase vuestra voluntad! Ya es llegada la hora de que yo salga de este destierro, y mi alma goce con Vos lo que

tanto ha deseado!» (P. Yepes, lib. II, fol. 471.)

Se interrumpió, cruzó las manos, y prosiguió con grande suavidad y ternura :

— «¡Oh, Señor, que me amas más de lo que yo me puedo amar y entiendo: ven, vida de mi alma, y seas bendito para siempre!» (*Exclamación* 17.)

Fray Antonio de Jesús levantó la sagrada Forma, mientras las religiosas, con la faz en la tierra, repetían en coro como el eco de la penitencia y la humildad:

— Señor, no soy digno de que entres en mi pobre morada; decid una palabra, y mi alma será sana.»

V

Algún tiempo después de comulgar, permaneció Teresa de Jesús recogida en delicioso éxtasis, mientras el Provincial recitaba las oraciones, á que respondía la Comunidad.

— «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia» (P. Yepes, libro II, folio 471), — exclamó la santa Madre con un suspiro de consuelo, dejándose caer pesadamente sobre las almohadas.

Fray Antonio de Jesús la interrogó con una mirada, á la que ella respondió animosamente:

— ¡La Extremaunción, Padre mío!

El Provincial le administró el último Sacramento con que la Iglesia fortalece á sus hijos para que triunfen de los últimos combates, en tanto que la fundadora repetía en voz baja estos versículos del *Miserere*:

— «El sacrificio agradable para el Señor es un

espíritu atribulado ; Señor, no desprecies el corazón contrito y humillado.

»No me arrojes de tu presencia, ni apartes de mí tu santo espíritu.

»Crea en mí, Señor, un corazón limpio y puro.» (P. Yepes, libro II, fol. 472.)

El Provincial se retiró llevándose el Santísimo Viático, y apenas lo reservó en el tabernáculo, volvió á la enfermería.

¡Pobre anciano, cuánto le hacía sufrir haber accedido á los ruegos de la Duquesa para mandar á la santa Madre que viniese á Alba! ¡Parecía tan dichosa en volver á su convento de Avila! Mas ¿no eran éstas también sus hijas muy amadas? ¿No estaba él á su lado para consolarla en cuanto fuera posible?

Llegó junto al lecho de la enferma combatido por tales pensamientos, y ella le miró con tanta paz, que el religioso sintió libre su conciencia de un peso gravísimo. Comprendió que, desasida por completo de la tierra, moría gustosa allí, porque de este modo cumplía la voluntad de Dios.

Las monjas se habían retirado á orar en el coro; Ana de San Bartolomé continuaba al lado de la fundadora, y Catalina de la Concepción salió al claustro más próximo.

— Madre Teresa, —dijo Fr. Antonio, —¿permite su reverencia que le haga una pregunta?

—Hable, Padre mío, —repuso débilmente.

—Si Dios fuera servido de llamarla en esta enfermedad, ¿quiere que se lleve su cuerpo á Avila ó que se quede aquí?

Al preguntar de tal modo el Provincial, quería compensar en lo posible la contrariedad que

debió padecer la santa Madre al ser detenida cuando se encaminaba á su ciudad natal.

Una expresión de tristeza anubló el semblante de la moribunda, á la vez que respondía :

—«¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?» (P. Yepes, lib. II, fol. 474.)

¿Podía demostrar más su desprendimiento la que había sido maestra y esclava de la pobreza?

El Provincial nada contestó, y después de recitar las oraciones de los agonizantes se retiró á velar en la iglesia.

VI

La noche fué cruel ; dolores horribles valerosamente soportados, grandes congojas y desmayos, combatían aquella destruída naturaleza ; al rayar el día se tranquilizó, y cerca de las siete se echó de un lado , como pintan á la penitente Magdalena, abrazada á un crucifijo, con gran sosiego y extraordinaria quietud ; cayó en un estado que no era sueño ni vigilia, paroxismo ni agonía ; el color era natural, la expresión del rostro apacible y risueña, y la respiración tan débil que apenas se le percibía. Ni medicinas violentas, ni remedios activos, pudieron conseguir nada: inmóvil, serena y dichosa, como si contemplara las delicias del paraíso, permaneció en tal estado catorce horas.

El toque de agonía, lento y desolador, que á intervalos dejaban oír las campanas del convento, se repetía en las demás torres de la villa ; to-

dos los corazones estaban afligidos, y doquiera se oía murmurar :

— ¡Qué triste día para Alba! ¡La *santa* va á morir!

Este título que debía tardar algunos años en honrar su memoria se lo daba ya el pueblo, testigo de sus combates, virtudes y sufrimientos.

Mas si el dolor general era tan vivo, ¿qué diremos del que sentían sus hijas, la duquesa de Alba y Teresa Láiz? Las primeras sólo vivían para la oración y la penitencia; las segundas, pálidas y acongojadas, estaban continuamente en la iglesia del convento, donde unían sus plegarias á las rogativas de la Comunidad.

Pocos minutos faltaban para las nueve, la noche del 4 de Octubre de 1582, veinticuatro horas después de haber administrado á la enferma los santos Sacramentos, y su situación era la misma que á las siete de la mañana. Catalina de la Concepción, pronta para acudir á la primer señal de llamada, ocupaba su puesto en un rincón de la desierta galería; cruzadas las manos, oraba con fervor, mientras Ana de San Bartolomé, sola y de rodillas junto al lecho de la moribunda, leía en su breviario las letanías de la Virgen. La luna, pálida y dulce amiga que tantas veces acompañó á la fundadora en sus viajes, deslizaba por la entreabierta ventana un rayo puro y suave, como cuando ayudaba á su piadosa vela en el derruido portal de Medina del Campo. De pronto, un resplandor, vago al principio, luego más intenso y brillante, hizo palidecer el argentado rayo y perderse la luz de la lámpara; la freila, sorprendida, alzó la cabeza, y toda la sangre le afluyó al cora-

zón. ¿Eran ilusiones de su cerebro? ¿Era realidad lo que veía?

Teresa de Jesús, incorporada en su pobre lecho, abiertos los ojos y bañados por aquella radiante claridad, miraba enfrente de sí con una expresión que sería imposible de pintar; la fiel compañera, helada de temor respetuoso, siguió la misma dirección, y vió...

En un fondo luminoso que tenía en sus rayos todas las gradaciones del iris, estaba de pie el Hijo de Dios, radiante de majestad y hermosura; un grupo de ángeles envueltos en transparentes nubes, esparcían ante Él delicadas flores.

¿Engañaban á la pobre Ana á la vez de los ojos los oídos, ó una voz desconocida modulaba palabras de infinita dulzura, que un concierto lejano acompañaba con vagas melodías?

— Ven, amada mía, —suspiraba en el ambiente aquel acordado divino acento; —ven, paloma mía, que ya ha pasado el invierno de esta vida y empiezan á aparecer las hermosas flores de la primavera de mi eternidad y de mi gloria.

Dilatada la vista que alcanzaba percepción extraordinaria, la religiosa contemplaba al mismo tiempo á la cabecera del lecho á la Virgen María y al santo carpintero de Nazareth, que sostenían amorosamente á la dichosa Teresa de Jesús.

Pero ¿qué rumor como el de muchas personas que alegremente caminan se une á esta maravillosa visión? La puerta de la enfermería es pequeña para dar paso á la alborozada tropa; son vaporosas figuras vestidas de blanco, que llevan palmas en las manos y las sienes ceñidas con

resplandecientes coronas : son los mártires que habían ofrecido á la fundadora acompañarla en su venturoso tránsito.

Ana de San Bartolomé, que tardó menos en ver estas maravillas que nosotros en apuntarlas, inclinó la frente hasta la tierra y adoró con humildad al Verbo de Dios, á su santa Madre, al bendito protector de la Orden carmelitana y á los dichosos cortesanos de la Sión eterna. En tanto Catalina de la Concepción, que en la obscuridad de la galería había visto pasar las blancas y radiantes sombras, continuaba rezando y temblaba con todos sus miembros.

Las nueve sonaron lentamente en un reloj lejano; Ana levantó los ojos, miró á la santa Madre y lanzó un 'grito.

Rígida, pero con inefable expresión de felicidad, Teresa de Jesús yacía inmóvil en su lecho, donde acababa de exhalar el último suspiro; la luz de la lámpara, próxima á extinguirse, dejaba en sombras la celda, y sólo el blanco rayo de luna acariciaba la serena frente del cadáver.





EPÍLOGO

AL otro día, el pueblo que afligido acudía á la iglesia, miraba á través de las rejas el coro convertido en capilla ardiente, en el centro del cual había unas andas cubiertas de paño de oro y gran cantidad de flores esparcidas sobre él. Allí estaba Teresa de Jesús con el rostro blanco y terso como el alabastro, coronada de rosas y estrechado á su pecho un crucifijo: tan bella en su último sueño que atraía dulcemente los corazones. El presagio de su juventud estaba cumplido; sus padres y amigos se habían salvado por su intercesión y plegarias; moría santa, y su cuerpo reposaba sobre un paño de brocado. Rodeábanla sus hijas con hachas encendidas, y entonaban entre sollozos las preces del Oficio de difuntos.

Mientras se hacían en Alba ostentosos funerales y se repartían como reliquias preciosas los más pobres objetos que habían pertenecido á la santa Madre, Catalina Sandoval, fundadora y Prelada del convento de Veas, sufría una grave enfermedad. El P. Gracián, que recién llegado á aquella villa supo con profundo sentimiento la

muerte de Teresa de Jesús, encargó que no lo dijeran á la que gemía en el lecho del dolor.

—¿Por qué me ocultan que ha muerto mi santa Madre?—preguntó Catalina de Jesús con firme acento al asombrado Provincial.—Acabo de verla; se me apareció gloriosa, y me dijo que goza ya el premio de su vida en la presencia de Dios.

Poco tardó la hija de Sandoval en reunirse á ella, á pesar de las buenas esperanzas de salud que la daban los facultativos, y fué la mayor de las alegrías que el Señor podía concederle.

Esta primera y milagrosa aparición llenó de consuelo á la Orden. ¿Cómo referir las maravillas que la han seguido, y en que pareció extremarse el infinito poder de Dios para publicar las glorias de su sierva? Los granos de arena que deja el mar en la playa, las gotas de rocío que la noche esparce sobre las flores, serían más fáciles de contar. Venerada en todo el mundo, y especialmente en la nación que tuvo la honra de ser su patria, nos legó magnífica herencia que debere-mos guardar eternamente.

—*Yo no conocí ni vi á la santa Madre Teresa mientras estuvo en la tierra,*—dice el dulcísimo poeta y docto maestro Fr. Luis de León; —*mas ahora que vive en el Cielo, la conozco y veo casi siempre en las imágenes vivas que dejó de sí, y son sus hijas y sus libros.*

El misterioso rosal de la Reforma vió caer poco á poco sus primeras y más fragantes flores. María Bautista, Beatriz de Jesús, Casilda de los Angeles, María de San José, Teresa de Cepeda, que también llevó en Religión, como su tía, el glo-

rioso nombre de Jesús, cuantas hemos admirado en estas páginas, pagaron el tributo común á los mortales; pero de cada rosa agostada brotó una nueva rama, y desde hace tres siglos, cada año se engalana con nuevos y perfumados capullos.

Suntuoso sepulcro guarda en Alba de Tormes los restos de la ilustre fundadora, y desde él la blanca y purísima azucena de Avila enseña con su ejemplo á los tristes mortales, y muy particularmente á los españoles, lo que pueden la fe y el ardiente anhelo de la gloria de Dios, que tanto amaron y defendieron orando y peleando hasta morir por ella nuestros cristianos abuelos.



INDICE

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTA OBRA

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO.....	v

PRIMERA PARTE

SOMBRA Y LUZ

CAPÍTULO I. — Horas tristes.....	1
— II. — Confidencias.....	19
— III. — En Castellanos... ..	31
— IV. — Resolución.....	43
— V. — En el convento.....	63
— VI. — Batallas del espíritu.	73
— VII. — Entre la vida y la muerte.	91

SEGUNDA PARTE

LA PRUEBA DEL ORO

CAPÍTULO I. — Murmuración.....	103
— II. — El fin del día.....	115
— III. — Muerte de D. Alonso de Cepeda.....	125
— IV. — Amar y sufrir	133
— V. — Consuelos.....	141
— VI. — Pedro de Alcántara.....	149
— VII. — La primera piedra.....	157
— VIII. — La buena nueva	171
— IX. — El convento.....	179
— X. — Vacilaciones.. . . .	193
— XI. — Sobre un volcán	215
— XII. — Alberotos.....	233
— XIII. — Horas tranquilas.....	249

TERCERA PARTE

LA FUNDADORA

	<i>Págs.</i>
CAPÍTULO I. — San José de Medina.....	261
— II. — El solar.....	281
— III. — En Malagón.....	297
— IV. — Predestinada.....	305
— V. — Los hijos de Elías.....	331
— VI. — Nuevos trabajos.....	337
— VII. — La princesa de Eboli.....	357
— VIII. — La noche de ánimas.....	369
— IX. — Los lirios blancos.....	389
— X. — Priora dos veces.....	403
— XI. — San José del Carmen.....	421
— XII. — Las dos hermanas.....	431

CUARTA PARTE

LA SENDA DE ABROJOS

CAPÍTULO I. — Camino de Sevilla.....	455
— II. — En Sevilla.....	475
— III. — Nuevos contrarios.....	501
— IV. — La ermita de Villanueva de la Jara.....	511
— V. — En Villanueva.....	523
— VI. — San José de Palencia..	531
— VII. — Soria.....	547
— VIII. — En la celda de Avila.....	557
— IX. — La fundación de Burgos.....	575
— X. — El mar en la tierra.....	585
— XI. — Contradicciones	601
— XII. — Al caer las hojas.....	617
— XIII. — El canto del cisne.....	635
— XIV. — La partida.....	643
EPÍLOGO	655

C
1

24^o

18

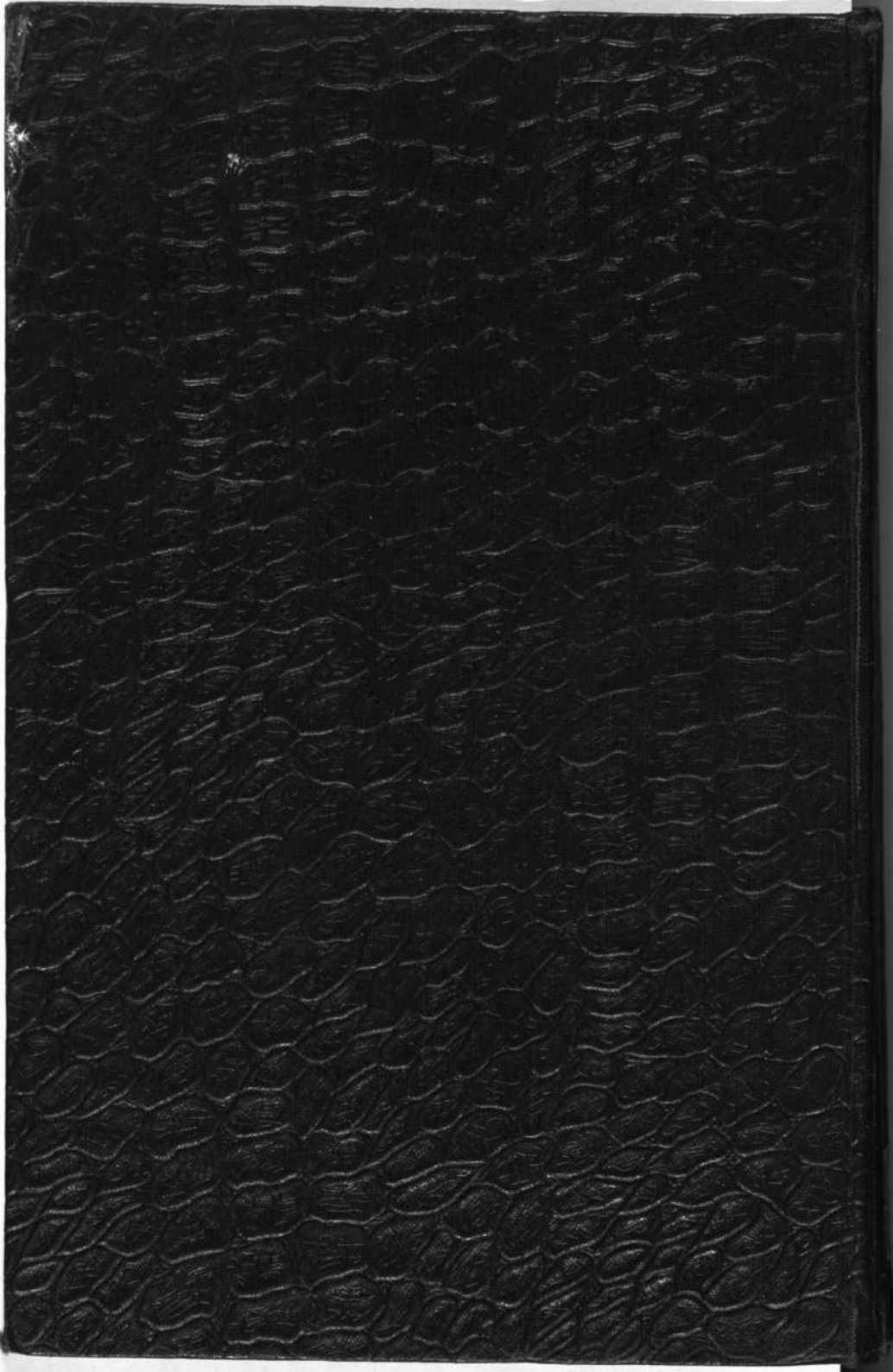
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

**Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.**

Número.....	236	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	1	Precio de adquisición.	»
Tabla.....	6	Valoración actual.....	»



HISTORIA

DE

SANTA TERESA

236.